



AÑO V.

Madrid, 16 de Octubre de 1880.

NÚM. 22.

DIRECTOR:

EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.  
Seis meses..... 11 »  
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.  
Seis meses..... 14 »  
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.  
Seis meses..... 4,50 »  
Tres..... 2,50 »

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle de Recoletos, 17, 1.º, interior,

á donde se dirigirán los pedidos de suscripciones.

SUMARIO.

De las operaciones agrícolas propias para volver cultivable la tierra, por B. C. y M. — Los vegetales útiles; el sésamo, por M. de Toro Gomez. — Caoutchouc; árboles venenosos, por F. — Mujeres del gran mundo, novela. — La caza de escopeta, por R. — La repoblacion del arbolado y la ley contra la filoxera, por D. Estanislao Malingre. — Donde ménos se piensa..... por D. Félix Rosell. — La Barlota ó molinero, por F. — Una cacería de monos, por X. — Sport; paseo al infierno de los caballos. — Congreso florístico de Zaragoza, por R. — Noticias generales. — Noticias de la sociedad. Tiro de pichon de Madrid, por Avelino. — Mercado de Madrid. — Cuadrado de palabras. — Anuncios.

DE LAS OPERACIONES AGRÍCOLAS

PROPIAS PARA VOLVER CULTIVABLE LA TIERRA.

Es desgraciadamente cierto que la España contiene todavía considerable número de tierras baldías é incultas, páramos, matorrales y eriales que sólo son estériles por falta de brazos que las fecunden. No es sólo en determinadas partes del territorio donde se encuentran várias extensiones improductivas, sino que en todas las provincias, hasta en las más ricas, más pobladas y mejor cultivadas, se encuentran algunas porciones de terreno que con trabajos bien entendidos fácilmente se habilitarian para el cultivo. Muchos de estos terrenos se hallan llenos de piedras, malezas y arbustos; y por otra parte, las piedras oponen frecuentes obstáculos á la marcha de los instrumentos de labranza, y casi todos se hallan en un descanso inmemorial, que hasta ahora no ha interrumpido el arado. Otros, por la abundancia ó determinacion de las aguas, quedan perpétua ó temporalmente constituidos en lozadales ó tierras cenagosas, ó bien por la invasion extraordinaria ó periódica de dichas aguas se oponen á un cultivo particular, y hasta se ven amenazados de inundaciones ó de una destruccion completa.

Los descuajes se consideran algunas veces como

el conjunto de todas las operaciones propias para trasformar los terrenos incultos en tierras de labor, ó los cultivos permanentes en cultivos de otra especie, y que en este sentido abrazan todo lo que guarda relacion con las desecaciones, nivelaciones, desmonte, escobaje, correctivos, semilleros ó viveros y hasta con la práctica de las divisiones.

Para nosotros, descuajar un terreno será simplemente desembarazarlo de todos los vegetales ú otros obstáculos que se encuentren en la superficie, para ponerlo en estado de recibir, segun su naturaleza, ya cereales, legumbres, pastos ó plantas industriales, ya vegetales leñosos, y haciendo ver las dificultades y el modo de allanarlas; para llegar á este primer objeto, habrémos nosotros cumplido el que nos hemos propuesto.

En Francia los descuajes se han ido haciendo frecuentes á medida que ha crecido su poblacion y que se ha elevado el precio de las tierras, y con él los arrendamientos. En rigor, exceptuando los peñascos, las crestas de las montañas desprovistas de tierra vegetal, y las pendientes demasiado escarpadas, no hay ningun terreno de que no se pueda sacar partido; sin embargo, los gastos diversos que en muchos casos acarrearía su cultivo son tan grandes, que sería harto imprudente hacerlos sin haber de antemano calculado bien el objeto de la operacion y los resultados provechosos que razonablemente pueden de ella esperarse, teniendo en cuenta, no sólo la naturaleza del terreno, sino que tambien la posicion topográfica de cada localidad, y los medios de ejecucion de que se puede disponer.

Los descuajes, hasta cuando deben operarse en lugares cercanos, y despues de una antigua explotacion con el auxilio de yuntas, trabajadores y de un material ya existente, son con frecuencia empresas costosas que no se hallan al alcance de cultivadores pobres, y que sólo pueden ser provechosas dirigiéndolas como conviene. Mal calcula el que crea que sólo con un aumento de jornales pueden cultivarse extensiones mayores. En realidad, sobre un descuaje de retamas, juncos ó brezos, casi sin abonos, pueden conseguirse de tarde en tarde

una ó dos mezquinas cosechas de centeno, alforfon ó patatas, que paguen bien ó mal los gastos que ocasionan. Tambien es cierto que en bosques acabados de desmontar, en ciénagas antiguas desecadas y en antiguas praderas puede por algun tiempo esperarse algo de la fecundidad sobrenatural del terreno; pero en el primer caso el terreno extenuado por una produccion, siquiera fuese débil, se negaría á conceder otra sin un nuevo barbecho de ocho ó diez años; en el segundo es preciso no ver más que una excepcion de la regla general, considerar en uno y otro que sin el concurso de los abonos, y la más y mejor aplicacion de ellos, se llegaría con seguridad á una esterilidad irremediable.

En las tierras de mediana calidad los descuajes que tuviesen por objeto añadirlos á tierras ya divididas de un cortijo, ó crear con ellas otro nuevo, serian generalmente malísimas operaciones si no se ejecutasen parcialmente con instrumentos perfeccionados y por personas que se hallasen en estado de hacer en grande los adelantos necesarios. En este caso los viveros de árboles esencialmente leñosos, particularmente los pinos, que en general se avienen á todos los terrenos, ofrecerian á menudo el mejor y más seguro medio de mejoramiento.

Para los terrenos de mejor calidad las ventajas están en razon inversa de la dificultad de mantener su fecundidad; pero aun así, léjos de sacrificar el porvenir al presente, es menester no pedir á la tierra más que lo que puede producir sin empobrecerse, y cuidar sobre todo de aumentar la masa de los henos, donde posible sea, para obtener más abonos. Tal es, en resúmen, el gran secreto del buen éxito, pues está bien reconocido que con ménos gastos, quedando la misma suma de los abonos, se pueden sacar más productos de un campo de mediana extension que de otro que la tenga muy grande, y es infinitamente preferible cultivar aquél que éste. Y tal es, en fin, lo que enseña la práctica, el resultado de experiencias hechas en otros países y en el nuestro, aunque en escaso número, y lo que consignamos como pre-

ceptos útiles y no como disertaciones, que poco ó nada suelen aprovechar á nuestros agricultores.

B. C. y M.

## LOS VEGETALES ÚTILES.

### EL SÉSAMO.

La naturaleza, pródiga en todas sus manifestaciones, ofrece por doquiera al hombre inagotables tesoros en todos los reinos que componen su vastísimo imperio. Pero el hombre, que, inspirado por su ridícula vanidad, ha llegado á proclamarse rey de la creación, es rey tan desdichado y tan sin conciencia, que, en brazos unas veces de la desidia, y las más, de la ignorancia, desconoce generalmente las virtudes de sus mejores súbditos, ó por lo ménos no trata de investigarlas, dejándose llevar de livianas apariencias.

A esto se debe que se nutra y alimente con alimentos, aunque agradables, nocivos á veces, mientras desprecia ó desconoce otros utilísimos y saludables que se hallan al alcance de su mano.

De este error funesto no nos sería difícil encontrar abundantísimos ejemplos, tanto en el reino animal como en el vegetal y mineral; pero como esto nos llevaría muy léjos de nuestro propósito, hemos de concretarnos hoy á un solo caso de los muchos que nos ofrece el reino vegetal.

Vamos á ocuparnos del *sésamo*, planta casi desconocida para la mayor parte de nuestros lectores, si no de nombre, por lo ménos en cuanto á las utilísimas aplicaciones á que podría prestarse en la esfera de la economía agrícola, industrial y doméstica, y á que de hecho se presta en otros países.

El *sésamo*, conocido vulgarmente con los nombres de *alegría* ó *ajonjolí*, es una planta dicotiledónea, de la familia de las oleáceas, cuyo nombre se deriva del latino *sesamum*, y éste á su vez del griego *sesamon*.

Hé aquí las cualidades principales de esta planta:

La raíz es fibrosa, ramosa y annual; el tallo, ramoso desde la base, veloso, de unos 0,50 metros de largo, rollizo en la parte inmediata á la raíz, y en lo restante comprimido; hojas ovaladas, subdentadas, venosas, velosas y opuestas, y con los peciolos muy descubiertos; flores solitarias, situadas en la extremidad de las ramas; su color es blanco, algo purpúreo, y los pedúnculos rollizos y un tanto cabezudos; cáliz periantio, con cinco hendiduras, campanulado y descubierta; corola angosta en su base y de tubo cilíndrico, que se dilata por grados; estambres didínamos, con anteras ovaladas, derechas y pegadas á la parte posterior de los mismos; pistilo de cuatro caras, comprimido y veloso, con estigma de dos labios que se acercan despues á la inflorescencia; pericarpio de igual forma que el pistilo, y bivalvo; semillas abundantísimas y de forma ovalada, y, por último, receptáculo cerrado y que puede partirse en dos.

Esta es, por decirlo así, la descripción botánica de la planta.

El *sésamo* ha sido conocido y cultivado desde la más remota antigüedad entre los pueblos de Oriente, como lo prueban los escritos de Suetonio Columela y otros ciento que se han ocupado de estudios agrícolas.

Su semilla produce, sometiéndola á las operaciones consiguientes, un aceite fijo y dulce, muy estimado entre los babilonios.

Actualmente es cultivado extensamente en la Arabia y Egipto, produciendo su cultivo pingües ganancias. Los árabes lo prefieren al aceite de oliva, y los médicos egipcios, exagerando sus pro-

iedades terapéuticas, lo emplean contra ciertas oftalmías.

El referido aceite constituye también un cosmético que alcanza una boga extraordinaria entre las mujeres de Oriente. Dicho cosmético sirve para dar á su piel tersura y suavidad y abrillantar y conservar el cabello. Las hojas del *sésamo* se emplean para preparar cataplasmas.

En nuestra Península críase esta planta en muy corta escala, en Andalucía, en la Mancha y en alguna otra provincia; pero el uso que de su semilla se hace es por demas limitado, pues sólo se emplea, juntamente con la miel blanca, en la composición de la exquisita pasta llamada *miegado blanco*, y en la de algunos otros dulces caseros.

Y no es que nuestra patria no se preste por sus condiciones climatológicas al cultivo de esa semilla, que por su bondad y propagación tiene gran analogía con el trigo, puesto que, según testimonio de Amato Lusitano, este aceite se cosecha con extraordinaria abundancia en Grecia y Turquía, países muy análogos al nuestro por su situación geográfica y benignidad de su clima.

Antes, por el contrario, es casi seguro, según se desprende de estudios hechos por personas competentes, que el *sésamo*, cultivado en las regiones de Andalucía, Murcia, Valencia, Extremadura, Mancha, Tierra de Campos, y en general, en todos aquellos terrenos que sean cálidos y secos, produciría una abundante cosecha de aceite dulce y de excelente calidad.

Ya á últimos del pasado siglo, en 1794, la Real Sociedad Económica de Amigos de Madrid, deseosa de introducir en España un cultivo tan interesante y del que tanto provecho podían reportar los agricultores, abrió público certámen para premiar con la por aquellos tiempos importante suma de 1.000 reales vellón, la mejor *Memoria que mejor describiera la planta del sésamo, especificando qué terrenos fuesen los más á propósito para su cultivo en nuestra Península, qué cantidad de aceite se podía extraer de cada libra de semilla, y si dicho aceite igualaría ó aventajaría al de olivas*.

Entre las memorias que se presentaron á la Sociedad con dicho objeto, fué considerada digna de la ofrecida recompensa una por demas erudita é interesante, en que el ilustrado profesor de Farmacia, D. Manuel Hernandez de Gregorio, despues de hacer una concienzuda y exactísima descripción de la referida planta, y un análisis detenido de sus cualidades esenciales, demostraba con gran copia de doctrina y excelentes argumentos, basados unos en la experiencia, y deducidos otros de las teorías científicas que más relación tienen con el progreso agrícola, así como de los notabilísimos escritos de Amato Lusitano, Linneo, Conde de Guillemborg, Tournefort y otros sabios que consagraron sus vigilias al progreso de la industria agrícola: 1.º, que todas las comarcas cálidas y secas de nuestra Península, ántes citadas, eran enteramente aptas para el cultivo del *sésamo*; 2.º, que dos libras de semilla de *sésamo* podían suministrar una libra por lo menos de aceite; y 3.º y último, que en cuanto á la calidad es excelente y nada inferior al aceite comun, sobre todo si el *sésamo* se muele en buenas condiciones y el aceite se somete á los procedimientos que aconsejan la ciencia y la experiencia en esta materia. A este propósito cita el erudito autor de la Memoria un pasaje del doctor Laguna, en que, hablando del *sésamo*, dice: «Que su aceite engorda el cuerpo, suaviza la garganta, aclara la voz, reblandece los tumores duros, etc.»

Sin duda alguna los trastornos y guerras que desde aquella época agitaron y empobrecieron á nuestra desgraciada patria no permitieron que la Sociedad Económica contribuyese á introducir y fomentar en España este cultivo, y su excelente propósito quedó anulado por la fuerza de las cir-

cunstancias, como tantos otros no ménos excelentes y generosos, que, de llevarse al terreno de la práctica, producirían tal vez un bien indudable.

De desear sería que hoy que la opinión pública se halla más ilustrada y que la agricultura cuenta con material y procedimientos más aptos para realizar sus benéficos fines, se introdujese en nuestro país el cultivo del *sésamo*, que ofrece tantas facilidades como el del trigo, y que estamos seguros habia de producir los más beneficiosos resultados. Al ménos se conseguiría que en muchas comarcas de nuestra España, donde la clase proletaria se ve obligada á emplear en sus alimentos el desagradable aceite de linaza, se sustituyese á éste, para todos los usos de la vida, el de *sésamo*, que es tan agradable y bueno como el de olivas y mucho más económico.

M. DE TORO GOMEZ.

## CAOUTCHOUC.—ÁRBOLES VENENOSOS.

El caoutchouc es un producto vegetal que ha tomado gran extensión. Los árboles que producen esta goma con más abundancia son el *Hevea guyanensis*, el *Siphonia caluchu* y el *Jatropha elástica*. En las Antillas la extraen del euforbio purpúreo y del urceal elástico, cuyo producto es, á los ojos de muchos, superior al del hevea. A pesar de este gran número de vegetales, es de temer que la inmensa explotación que se hace de este producto transforme los bosques que lo contienen en bosques de árboles secos, como ha sucedido en la Carolina del Norte, donde los pinos, cuya resina han extraído, cubren dos millones de acres de árboles muertos.

La extensión que de año en año se manifiesta en algunas industrias es muy notable en la explotación del caoutchouc. Los ingleses, sobre todo, hacen de él un uso considerable. En 1820 se habían introducido en la Gran Bretaña 52.000 libras; en 1829, cerca de 100.000; en 1853 se declararon en las aduanas 176.000, y hoy pasa de 100.000 kilogramos.

La extensión se ha manifestado sobre todo desde la invención del caoutchouc vulcanizado. La vulcanización es una operación química, por la cual se le quita al caoutchouc toda su flexibilidad, toda su elasticidad, para hacer de él una materia inoxidable, que tiene las cualidades de la madera, de la concha, del marfil, de la ballena, capaz de resistir á un calor de 150º como al frío más vivo, á la humedad como al contacto de los ácidos.

En 1736 fué cuando se llamó la atención sobre este producto vegetal y sobre el modo de extraerlo del *Siphonia elastica*: poco despues Fremereau descubrió en Cayenne el *Hevea guyanensis*, y dió nuevos detalles sobre la preparación de su producto. Con un instrumento cortante se practican incisiones longitudinales ú oblicuas, que penetran hasta detras de la corteza y que están dispuestas las unas sobre las otras.

Debajo se fija, con un poco de barro, una hoja bastante ancha para recibir el jugo que sale por las incisiones, y lo trasmite á una gran calabaza colocada al pié del árbol. El jugo es flúido y comunmente blanco en el momento de la extracción; el color oscuro con que lo conocemos proviene de las materias extrañas que se le mezclan, y que oscurece aún el humo de las hierbas quemadas bajo los árboles para activar la solidificación: presenta el aspecto de una leche espesada por una larga ebullición: el caoutchouc se encuentra en suspensión en la albúmina como la crema en la leche; para recogerlo, se extiende en tres ó cuatro veces un volumen de agua, y como se amontona á la superficie, al día siguiente se vacía el vaso por

una llave superior. Este producto llega algunas veces al continente en forma de grandes peras, ó más generalmente en grandes hojas que pesan hasta 100 kilogramos.

Todos los países que cuentan el caoutchouc entre sus producciones están situados en la zona tórrida, y son principalmente la América Meridional, las Indias Orientales, y aún ciertas partes del África.

Mr. Humboldt hace observar que el número de plantas lactíferas aumenta á medida que se avanza hácia el Ecuador. El calor de los Trópicos parece que ejerce gran influencia sobre la formación del caoutchouc, porque se ha observado que los vegetales que lo producen bajo los Trópicos no contienen, criados en nuestras tierras, sino una sustancia parecida al muérdago.

#### EUFORBIÁCEAS.—MANIOC.—MANZANILLO.

El vegetal de que acabamos de hablar pertenece á la familia de las euforbiáceas: otras plantas pertenecientes á este grupo contienen igualmente el caoutchouc, como la *Urceola elástica*, de Sumatra; el *Velcea gummifera*, de Madagascar; el *Hauconia espiciosa*, del Brasil; pero ninguna en cantidad tan considerable. Las plantas de que vamos á ocuparnos se distinguen por otros puntos. El jugo de la *Sifonia elástica* no posee ninguna propiedad dañina; el del *Tabayla* dulce parece leche fresca. Leopoldo de Buch cuenta que los naturales hacen una jalea que comen con delicia; pero todas no son tan inocentes; algunas contienen un veneno terrible, y carácter extraño que observamos despues, esas plantas ofrecen al mismo tiempo un veneno mortal y un alimento muy sano.

El cultivo del manioc representa en la América Central el de los cereales en Europa. Sin embargo, hay una gran diferencia entre la yuca dulce y la amarga; la primera puede comerse sin inconveniente; la segunda contiene un veneno mortal. Sigamos un instante con Schleiden, el autor de *La Planta y su vida*, á los naturales del país en su campo.

En medio de un espeso bosque de la Guyana, el jefe de la tribu, despues de haber extendido su hamaca entre dos grandes magnolias, descansa á la sombra de las anchas hojas de los plátanos; fuma perezosamente y mira los movimientos de su familia. Entre tanto su mujer machaca el manioc contra un árbol con un mortero de madera; encierra la pulpa en un tejido apretado hecho de las fibras de la hoja, al que ata una piedra grande, y todo esto colgado de un palo que descansa sobre dos horquillas plantadas en la tierra. El peso de la piedra hace el efecto de una prensa y exprime todo el jugo contenido en el manioc. A medida que corre se recibe en una calabaza, y un chico moja en él las flechas del padre, mientras su madre arregla el fuego destinado á secar el orujo y privarle de su veneno volátil. El residuo se pulveriza en seguida entre dos piedras, y la harina de cazabe está preparada.

Mientras el chico acaba su peligrosa tarea, el jugo ha dejado una fécula tierna, que se separa del líquido, y que despues de haber sido lavada en agua fresca, constituye la tapioca. De este modo se prepara esta sustancia nutritiva.

El salvaje, despues de haber saciado su hambre, busca un sitio nuevo para dormir la siesta; pero ¡pobre de él si por inadvertencia se acuesta bajo el temible manzanillo! Una lluvia repentina cae de sus hojas y despierta el desgraciado por los dolores atroces que le causa; su cuerpo se cubre casi de repente de ampollas, úlceras, y si conserva la vida, al ménos guardará memoria eterna de las propiedades venenosas de las euforbiáceas.

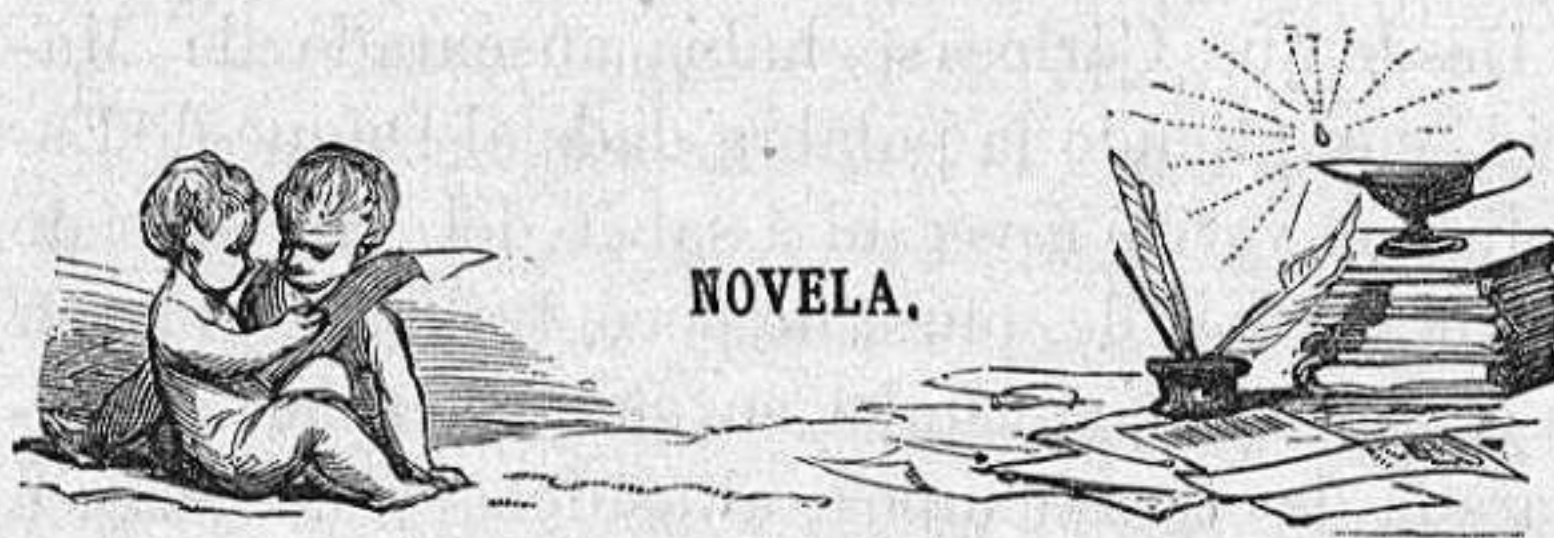
El manzanillo pasa entre nosotros por un árbol funesto á cuya sombra es imprudente descansar. Esta mala fama debe provenir de la savia de este árbol, que es venenosa, y de su fruto, que, tomado en abundancia, puede causar un envenenamiento.

La reputación del manzanillo entre nosotros tiene su igual en América en el euforbio arborescente. Como el primero, este árbol presenta un magnífico aspecto aún más singular. Su pesada silueta corta sobre todo lo que lo rodea: su masa, impenetrable á los rayos del sol, no ofrece á la mirada sino una sombría profundidad. Por su posición elevada, cuanto por la fresca sombra que proporcionan sus ramas, de un verde-oscuro, á los naturales ó negros les agradaría descansar allí, si no fuera por el temor que inspiran; pero tienen un medio inocente de evitar la influencia de aquella sombra, y es establecer una techumbre horizontal de cañas debajo de las ramas inferiores de estos árboles.

No es raro ver euforbios cuya ramificación mide más de 8 metros de diámetro, lo que da más de 24 metros á su circunferencia. El tronco y las ramas que de él salen son de madera dura; las ramas secundarias están formadas de sustancias blandas y esponjosas.

El *euphorbia mamicularis* crece también sobre las montañas del Dar-fog, y, sobre poco más ó ménos, en las mismas condiciones que el *euphorbia canariensis*, de que acabamos de hablar, y con el que tiene mucha analogía, aunque no alcanza tan grandes proporciones.

F.



NOVELA.

#### MUJERES DEL GRAN MUNDO.

(Continuacion.)

Cárlos dejó trascurrir ocho días, y al concluir este plazo manifestó á la Baronesa de Navahermosa sus sentimientos, aspiraciones y proyectos con respecto á Diana.

La revelación de aquel secreto no sorprendió á la Baronesa, porque, como dama ejercitada en tales lances y empresas, le habia ya adivinado. Prometió al Barón que tantearía con disimulo el terreno, poniendo en conocimiento de la Duquesa de Játiva, y aún de su sobrina, si lo creía necesario, los amorosos propósitos de Cárlos. Añadió que esperaba salir airoso de su empeño, y que la tía de Diana no rechazaría una tan indudable fortuna como la que se entraba por las puertas de su casa. Pensaba la Baronesa al decir esto que Cárlos poseía cuantiosas rentas, y éste era un detalle harto elocuente y precioso para no fijar en él la atención.

Cuando la Duquesa supo de labios de su amiga las pretensiones del Barón, mostró que no le eran desagradables, manifestando sin rodeos á la Baronesa de Navahermosa cuán lisonjero era para su familia enlazarse con una casa cuyo apellido figuraba en el almanaque de Gotha y cuya fortuna era tan considerable; de Cárlos dijo que aún pasaba por un gallardo y elegante mozo, y aseguró, por último, que Diana sería una loca en no aceptar tan brillante proporción, y su padre un egoísta si no recibía con los brazos abiertos á un yerno de las prendas del Barón de Lemberg.

—Sin embargo, yo, añadió despues, á nada puedo por mí sola comprometerme, y ruego á usted, Baronesa, que me conceda un plazo de algu-

nos días ántes de dar una respuesta categórica y definitiva. Dígame V. á ese caballero que sus pretensiones nos honran en alto grado, y que cuente incondicionalmente con mi apoyo; pero que necesito escribir á mi cuñado, con el fin de ver si le convengo y conquisto para que piense como yo, lo cual es tarea un poquito difícil. Es también conveniente, en fin, conocer las intenciones de mi sobrina, que está, si no me equivoco, algo interesada en el asunto, intenciones que yo no quiero indagar hasta que esté conseguido el consentimiento de su padre. No juzgo conveniente levantar de cascos á la chiquilla con proyectos que Dios sabe si podrán realizarse. De todas maneras, amiga mía, le confieso á V. en secreto que los obstáculos se me antoja que no se presentarán por este último motivo, porque yo he oído hablar varias veces á mi sobrina de él, y, ó mucho me engaño, ó el Barón ha causado en ella gratísima impresión.

La Baronesa transmitió estas palabras, sin olvidar ningun detalle, á Cárlos, que, como es de suponer, quedó satisfechísimo, viendo que por esta vez no podría quejarse de su suerte.

La carta de la Duquesa no tardó en llegar á la quinta donde vivía el Marqués de Játiva. La respuesta de éste se recibió á los pocos días. Era una negativa ruda y terminante.

«Ya estoy viejo, decía, y no tengo más que una hija. Mientras yo viva no quiero que se separe de mí. ¡Hace tanto tiempo que se marchó á Madrid! A mí al ménos me ha parecido un siglo. Procura traerla cuanto ántes. La soledad agrava mis padecimientos.»

Respecto al candidato propuesto, es decir, el Barón de Lemberg, no decía una sola palabra. Aquel viejo egoísta creyó ver en él un enemigo de su felicidad doméstica, y un ladrón que trataba de arrebatárle el único sér que le distraía de sus tristes reflexiones. La escapatoria de Diana y su tía á Madrid le habia aferrado más á sus ideas anti-matrimoniales, sirviendo para dar á conocer prácticamente al Marqués los horrores del aislamiento y la soledad.

La Duquesa comprendió que era inútil empeño tratar de persuadir á su cuñado por medio del correo. Toda tentativa en tal sentido sólo serviría para empeorar la situación. Así se lo dijo á Cárlos al darle cuenta ella misma de la respuesta del Marqués, alentándole al propio tiempo para que no perdiese la paciencia y confiase en sus activas gestiones.

Diana y su tía partieron á los pocos días para Valencia.

Un mes trascurrió despues de estos acontecimientos, mes de tormento para el Barón austriaco, pues durante él sufrió todas las angustias que experimentar puede un hombre enamorado cuando, despues de entrever la felicidad y ventura de su vida personificadas en una mujer hermosa, toca el peligro de que fracasen todos sus dorados ensueños y apasionadas esperanzas.

Cierto día, empero, la Baronesa de Navahermosa envió á Cárlos una tarjeta participándole que deseaba hablarle. La amiga de Diana, compadecida del triste estado en que veía al Barón, hubo de escribir varias cartas á Valencia, recordando á la Duquesa, que seguramente no necesitaba de tales instancias, las pretensiones de Cárlos.

—Y bien, señora, ¿qué ocurre? preguntó éste con ansiedad cuando se vió ante la Baronesa.

—Alégrese V., Cárlos, le contestó; tome usted una silla; tengo buenas noticias que darle.

—Hable V., hable V., por Dios.

—¿Está V. dispuesto á emprender un viaje á Valencia?

—¡Cielos!.....

—Vamos, le parece á V. muy molesto y largo el camino y..... dijo la Baronesa sonriéndose.

— Por Dios, señora, no se burle V., y dígame lo que hay.

— La fiera se va amansando; la Duquesa ha conseguido hacer un milagro, y el Marqués consiente en recibirle á V. en su quinta.

— ¿Como á futuro yerno?

— No, no sea V. tan vivo de genio. ¿Cómo quiere V. que el Marqués le conceda la mano de su hija sin haberle visto, sin haberle estudiado á fondo, renunciando á encontrar en V. un solo defecto? No se ganó Zamora en una hora, como dice el refrán.

— Verdad es; pero V. sabe cuánto amo á Diana.

— Lo sé, Carlos, y comprendo esa impaciencia; pero hay circunstancias en las que es preciso saber contenerla. La Duquesa me encarga que le trasmita á V. las siguientes instrucciones, si es que usted está dispuesto á presentarse en casa de su amada.

— ¿Y ha podido dudarle un solo instante? Esta misma noche me pongo en camino, exclamó con exaltación Carlos.

— No, Baron; hasta mañana no. Tiene V. que ir á Valencia, á la casa cuyas señas le indica esta tarjeta, y esperar allí á que vayan á buscarle para ir á la quinta de Diana. La caza servirá de pretexto; y digo pretexto, porque el motivo verdadero usted le conoce mejor que yo. No debe V. conducirse como enamorado, ni como aspirante á marido de Diana. El resto de las instrucciones allí se las darán á V.

— Muchas gracias, Baronesa, y hasta la vuelta. ¡Ah, desde que ella partió, ésta es la primera hora feliz que para mí ha habido! Adios, señora; le juro á V. obedecer ciegamente las órdenes de la Duquesa.

— Oiga V., Carlos.

— ¿Tiene V. algo más que decirme? dijo el Baron volviendo al lado de la Baronesa.

— Sí, Carlos. Me han dicho que guarde el secreto.... pero.... en fin, se lo diré á usted. El consentimiento del Marqués es el único requisito que falta para que se consume lo que V. llama el colmo de su dicha.

— ¡Dios mio!..... ¡Diana!.....

— Se llamará con gusto Baronesa de Lemberg, así que su padre dé el debido permiso.

— ¡Ah, señora, señora!.....

Y el ex-Coronel austriaco, arrojándose á los pies de la Baronesa, la abrazó con juvenil efusión, cubriendo de besos sus manos.

— Vamos, ¿qué hace usted? No sea V. loco.

— Dispénseme V., exclamó Carlos, ya un poco confuso al darse cuenta de lo que había hecho; pero soy tan feliz, que le suplico perdone mis disparates. ¡Virgen Santa, cuánto la amo á V. también!

— Sí, pero con otro amor distinto del que profesa V. á Diana, ¿no es verdad? respondió con amable sonrisa la Baronesa.

Aquel mismo día salió por el correo una carta de ésta para la tía de Diana, concebida en los siguientes términos:

« Querida mia: El Baron estará ya en Valencia cuando recibas estas líneas, más enamorado que nunca; pero respondo de su discreción.»

Al siguiente día Carlos se puso en camino para Valencia, sin pensar un solo instante en quién sería la persona encargada de presentarle en la quinta de Diana. Llegó á Valencia, hospedóse en la fonda que le había indicado la Baronesa, que era una de las mejores de la población, y decidió esperar á que llegara la tan deseada orden de partida.

No permaneció mucho tiempo en tal período de ansiedad, pues aquel día, después de haber almorzado con todo el apetito que puede sentir un hombre enamorado sabiendo que está á punto de oír una resolución definitiva, de la cual pende su eter-

na felicidad ó la muerte de sus más gratas esperanzas, oyó que paraba un carruaje á la puerta de la fonda. Apénas llegó á sus oídos el ruido que los duros cascos de dos briosas mulas producían en el empedrado, el Baron se asomó á la ventana.

Un caballero, que bien podría tener sesenta años, vestido de riguroso luto, pero no sin elegancia, bajó del coche y entró en el edificio.

¿Sería el introductor en la casa de los Marqueses de Játiva, á quien estaba Carlos esperando de un momento á otro?

Tal era la pregunta que se hacía el enamorado Baron, cuando un camarero pidió permiso para entrar.

— Adelante, se apresuró á contestar Carlos.

El camarero le dió una tarjeta diciendo que la persona que se la había entregado deseaba ver al Sr. Baron de Lemberg.

— Que pase en seguida, contestó Carlos tomando la tarjeta.

Mientras el criado se alejaba para obedecer las órdenes del Baron, éste leyó con asombro en la cartulina que tenía en la mano: « El Vizconde de la Sierra.»

Aun no había salido Carlos de su sorpresa, cuando su antiguo amigo, el confidente del Baron en sus aventuras con Elena, uno de los testigos, en fin, que asistieron á su desafío con el Duque de Estrella, apareció en el umbral de la puerta.

### III.

#### AL SOL DE VALENCIA.

Desde que Carlos se había ausentado de Madrid, cumpliendo la palabra dada al Duque de Estrella, no volvió á ver ni á saber del Vizconde de la Sierra. Costóle, pues, no poco trabajo reconocer en el anciano que estaba en su presencia á su camarada de otros tiempos, al asiduo concurrente á las reuniones más aristocráticas y bulliciosas de la corte durante el tiempo que, al verificarse los acontecimientos que se desarrollaron en nuestra primera parte, estuvo Carlos en Madrid. Sin embargo, y después de breves instantes de examinarse mutuamente, el Vizconde y el Baron se arrojaron uno en brazos del otro.

— ¡Amigo Carlos!

— ¡Querido Sierra!

— ¿Ya no me conocía usted?

— ¡Oh! sí, en seguida.

— ¡He cambiado tanto desde hace veinte años!...

No lo niegue V., Baron; en cambio, usted....

— Sí, le he conocido á V. en seguida, contestó Carlos. Digo la verdad con toda franqueza, se lo juro á usted.

La conversacion se suspendió por breves instantes.

Carlos advirtió que el Vizconde vestía de duelo.

— ¡Ah, V. dispense, amigo mio! le dijo; no había notado.... ¿Ha sufrido V. alguna desgracia de familia?

— Sí, desgraciadamente.

— ¿Su padre de usted?

— También murió hace cinco años. Pero el luto que actualmente llevo es por mi esposa, por mi amadísima Amelia, que falleció hace un año escaso. No me ha quedado más consuelo que mi hijo, á quien verá V. en la quinta del Marqués de Játiva.

— ¡Ah!..... ¿cómo? exclamó Carlos, el cual, ignorando que el padre de Diana y el Vizconde fueron amigos, y sorprendido con la inesperada visita de su antiguo colega, había perdido la esperanza de que fuese el mensajero de la Duquesa.

— Sí, en la quinta del Marqués de Játiva, repitió el Vizconde, de donde acabo de llegar y á la

que tengo encargo de conducirlo á V. y presentarle al Marqués. Somos muy amigos, y hace unos días que estoy abusando de su amable hospitalidad, por ver si consigo apagar mis tristes recuerdos abandonando la casa en que vivió mi desgraciada esposa.

— Dispense V. mi sorpresa; pero era muy natural. No me habían dicho el nombre de la persona que ha de honrarme presentándome en la quinta del Marqués, y estaba hartamente lejos de esperar que fuese un compañero de mis jóvenes años, del cual siempre he conservado gratos recuerdos. Pero celebro el chasco. Cuando V. guste estoy dispuesto á partir.

Bajaron á la puerta y montaron en el coche, que se alejó rápidamente hacia las afueras de la ciudad.

— ¿Cuándo llegaremos á la quinta? preguntó Carlos.

— Dentro de hora y media, si vamos á buen paso.

— Me alegro, repuso el Baron, sin poder contener su contento.

— Los enamorados, siempre impacientes, dijo sonriendo el Vizconde.

— ¡Cómo, V. sabe!.....

— Sí, querido Carlos, todo. La Duquesa me ha contado su amor de V., sus esperanzas, las buenas disposiciones de la hermosa joven á quien usted adora, y las, al parecer, invencibles dificultades que se oponen á esta union, motivadas por la terquedad sistemática del padre de Diana, que es el hombre más extravagante del mundo. A mí puede V. considerarme como fiel aliado, pues la Duquesa me ha puesto al corriente de todo, invocando mi concurso. El Marqués estaba dado á todos los diablos cuando su hija y su cuñada regresaron de Madrid. Al verlas templóse un tanto su irritacion; pero se ha negado á que le hablen del matrimonio de Diana. La Duquesa, desconfiando de poder triunfar por sí sola en la empeñada batalla que hay que librar para convencer al padre de Diana, llamóme en su ayuda. Hace quince días que fui á la quinta con mi hijo Enrique, y sabiendo que se trataba de un asunto en que V. estaba tan interesado, prometí á la Duquesa hacer cuanto fuese necesario. Y vea V. cómo no hemos perdido el tiempo, pues ya puedo presentarle al Marqués, no como el pretendiente de su hija (que esto ya comprenderá V. que es imposible), sino como un amigo, cuyas esperanzas y proyectos hay que tener muy ocultos hasta tanto que llegue el caso de exponerlos.

Esta relacion produjo todo el buen efecto que esperaba el Vizconde. Carlos, contentísimo de llegar á la quinta en tan buenas condiciones, manifestó su gozo dentro de los límites que le permitía la presencia del auriga encaramado en el pescante.

Ya habían salido los dos viajeros de la ciudad por la puerta de Serranos, pasando el puente á que conduce. Esta parte de Valencia, como todos sus alrededores, presenta un aspecto verdaderamente encantador. El arrabal de Murviedro se muestra en primer término, apareciendo á lo lejos la larga y estrecha población de este nombre, al pie de negra montaña veteada de blanco, que se levanta cual monstruoso é infernal engendro allí colocado para desafiar á todos los elementos. Verdes campos, esmaltados de frescas y pintadas flores; altos árboles de espesísimo follaje; barracas que compiten en limpieza y aseo con los trajes de sus habitantes; blanquísimos caseríos que parecen puñados de nieve arrojados al acaso; bellos jardines y alegres huertas, cuajados los primeros de aromáticas y matizadas flores de todos climas y estaciones, y de sazonados frutos las segundas; naranjos y limoneros que esparcen su-

vísima fragancia; plátanos que brindan con sus sabrosos productos; moreras de ancha y tupida copa; altísimas palmeras que extienden con coque-tería sus esbeltas ramas; fecundidad, vida, verdor, lozanía por doquiera; tal es el cuadro, pintado con los inimitables colores que la naturaleza sabe reunir en su peregrina paleta, que pasma y suspende á cuantos tienen la dicha de contemplar las cercanías de la ciudad del Cid.

El tiempo, por otra parte, era magnífico. Un sol despejado, con la temperatura propia del mes de Marzo en aquellas latitudes, inundaba toda la campiña, que, bajo el sensual y benéfico influjo de sus dorados rayos, desprendía tenues vapores, cuya refracción tenía la atmósfera de variables y fantásticas tintas. El tranquilo azul del cielo formaba sensible contraste con la multiplicidad de colores de la tierra y el murmurar de las fluviales corrientes que atraviesan aquellos campos, daba ocasión á gratísima y celestial armonía, la cual, completando los placeres que percibía la vista, regalaba dulce y apaciblemente el oído.

El Baron permaneció largo rato silencioso, contemplando aquellos primaverales esplendores y poéticos panoramas, doblemente gustosos para un hombre enamorado, cuya alma y corazón, ya de suyo enternecidos, tornábanse más sensibles ante las bellezas de aquella ideal mansion.

Hablando, fumando y acordándose de los primeros tiempos de su amistad, entrambos viajeros procuraban abreviar el tiempo. Pero ni una sola palabra salió de sus labios que hiciese relación al Duque y á la Duquesa de Estrella. Aunque el encuentro con el Vizconde no había podido ménos de despertar ciertos recuerdos en la memoria de Carlos, Elena estaba harto lejos de sus pensamientos desde que vió á Diana. ¿Había sentido verdadero amor por aquella seductora Duquesa, que llenó con sus atractivos una de las más dulces páginas de su vida? Ni tal vez el mismo Baron, si tal pregunta le hubiésemos hecho, habría sabido contestarla. El Vizconde, por su parte, era persona harto prudente y discreta para permitirse la menor alusión sobre la Duquesa. La aventura pertenecía ya, por decirlo así, á la historia, y no poca imprudencia hubiera sido, cuando Carlos, desalentado y rebosando pasión, corría en pos de Diana, recordarle otra mujer alguna.

El carruaje seguía al trote, aunque no tan largo como el ex-militar austriaco hubiera deseado. Había dejado á un lado el monasterio de San Miguel de los Reyes, que, lanzando al aire sus dos elevadas torres, mudas atalayas que parecen escudriñar con atención hasta los más lejanos términos del horizonte, aparece cerrado por espeso circuito de inexpugnable ramaje.

—¿Qué preciosa decoración! dijo el Baron dirigiendo en torno su perspicaz mirada.

—La vida es muy grata, amigo mio, en la presente estación, sobre todo cuando se ama y se hiende rápidamente el aire conducido por un carruaje que en su carrera va aproximando más y más el objeto adorado.

—¡Oh, sí! exclamó Carlos desmostrando con su acento la ingenuidad de su respuesta.

—Aun le espera á V., Baron, un brillante porvenir. Yo estoy tocando el fin de la jornada, pues ya soy viejo, añadió el Vizconde.

—No, no tanto; eso es exagerar.

—¡Exagerar! ¡Me contrista de tal modo la idea de que si mañana me insultan no podré pedir satisfacción á nadie!

—¿Qué dice V.?

—Una verdad harto dolorosa, amigo mio. Desde que murió mi mujer contraí una enfermedad nerviosa, que no me permite manejar una espada, ni mucho ménos la pistola. Tan flojo é inseguro tengo el pulso, que corría peligro de matar á uno

de mis testigos, añadió sonriéndose melancólicamente el Vizconde.

—Pues V. todavía caza.

—Sí, pero los animalitos conocen ya de tal modo mi flaco, que donde se creen más seguros es enfrente de la boca de mi escopeta. En fin, ¿qué me importa ya? Usted vivirá con Diana, y yo con Enrique, que es mi único porvenir. ¡Hijo mio, nadie es capaz de comprender cuánto le amo!

—¿Qué edad tiene? preguntó Carlos.

—Diez y siete años.

—Tengo mucho deseo de conocerle, y me prometo quererle con todo mi corazón.

—Gracias, Carlos, mil gracias. Tomo acta de la promesa, porque presto moriré, dejando á Enrique una regular fortuna, que será un peligro para un jóven de su edad, si yo no consigo rodearle, ántes de separarme de él, de amigos verdaderos y protectores que puedan acudir en auxilio de su experiencia.

—Deje V. á un lado ahora tan tristes y lúgubres pensamientos, querido Vizconde, y disponga siempre de mí como de V. mismo.

—Gracias, gracias, repito, contestó el anciano.

Después de algunos instantes de silencio, la conversacion se entabló de nuevo, aunque en diverso giro y tono.

—Pero ya se me olvidaba. Necesito instruirle á V., para que sepa el papel que le corresponde en la especie de comedia que vamos á representar en la quinta. Me han dicho que debo presentarle á usted al padre de Diana como un cazador que trata de arrendar la caza de patos y otras aves acuáticas en la posesion que en esta provincia tiene el Marqués.

—Corriente, contestó el Baron.

Pocos momentos después el coche se detenía ante la portada de una larga verja. La quinta del Marqués de Játiva estaba en medio de un gran jardín, cuya calle central, que iba desde aquella portada á la casa, daba acceso á ésta. La espesura del arbolado impedía ver el edificio; pero cuando se acercaron á él, Carlos pudo examinarle con la mayor minuciosidad.

Era una construcción, cuya solidez atestiguaba su antigüedad. El aspecto sombrío de sus fachadas no se reflejaba, sin embargo, en el interior, compuesto de salas inmensas y muy bien alumbradas, y anchas galerías llenas de ventanas. Debía haber sido construida sobre los restos de un viejo castillo. Un ancho foso lleno de agua la circundaba por todas partes. Los ángulos estaban formados por cuatro torres, únicos vestigios que restaban de la antigua fortaleza. A la derecha del piso bajo hallábanse las cocinas, despensas y demas dependencias de esta clase, y á la izquierda el comedor, espacioso salón revestido de azulejos blancos y verdes, precedido de una antesala, que daba también entrada á otras tres habitaciones, una de ellas habilitada para jugar al billar; otra, un gran salón lleno de muebles antiguos, tapices y retratos de familia, y la tercera, la biblioteca, que generalmente era, por decirlo así, la pieza de batalla de la casa, esto es, donde el Marqués tenía sus libros, la Duquesa sus labores y Diana el piano.

En el piso principal estaban los demas departamentos compuestos de gabinetes y alcobas para cada individuo de la familia y aún para los huéspedes que allí fueran.

Detrás de la casa se veían las cuadras y cocheras, guarneses, establos, corrales, y habitaciones destinadas á los criados y mozos. La mayor parte de estas últimas oficinas estaban desusadas, pues la fortuna del Marqués, á pesar de haberse confundido con la de la Duquesa, era insuficiente para sostener gran boato.

El coche, después de haber atravesado el jardín, paróse frente á la puerta. El Vizconde y Car-

los entraron en la antesala, donde apareció un criado que les ayudó á quitarse los sobretodos.

—El señor está en la biblioteca, dijo.

Cuando Carlos entró en esta habitación, percibió ántes que nada una ancha butaca, en la cual, sepultado, se veía á un anciano delgado y enjuto, de color amarillento y bilioso, y marcada rigidez en su rostro y maneras. Era el padre de Diana.

Frente á él la Duquesa, sentada en otra butaca, hacía calceta.

—Señor Marqués, dijo el Vizconde; tengo el gusto de presentarle á V. al Sr. Baron de Lemberg, antiguo militar austriaco, y hoy agregado militar de la embajada de Austria en Madrid.

—Sea muy bienvenido á mi casa este caballero, respondió el Marqués, apartándose, como de mala gana, del respaldo de la butaca y haciendo una ligera inclinación de cabeza.

Carlos se inclinó á su vez, y saludó respetuosamente á la Duquesa. Entónces advirtió que un jóven se había arrojado en brazos del Vizconde, que le estrechó entre los suyos dándole cariñosas palmaditas en la espalda.

—¿Qué sofocado estás!, le dijo el Vizconde. ¿De dónde vienes?

—De dar un paseo por el campo, papá. Sentía dolor de cabeza, y he salido de casa para disiparlo. Ya estoy bien.

—Procura no tomar ahora aire; aún está el tiempo fresco.

—Bien, papá.

La mirada del Baron recorría toda la sala buscando á Diana. Sus ojos se encontraron con los del Vizconde.

—Es mi hijo Enrique, le dijo éste presentando al jóven que estaba á su lado.

—Déme V. la mano, Enrique, contestó el Baron. Soy un antiguo amigo de su padre de V., el cual me ha prometido que V. también lo sería mio.

—Con muchísimo gusto, contestó el jóven. Los amigos de mi padre lo son míos, pues yo sé que nunca ha hecho objeto de su cariño más que á personas dignas de él por todos conceptos.

Estas palabras fueron dichas en voz tan simpática y vibrante, que Lemberg quedó encantado de la apostura del hijo de su amigo.

Enrique era de naturaleza un tanto débil; pero su elegancia, esbeltez, estatura, bastante alta para su edad, y distinción, unido todo á los demas atractivos propios de la juventud, le prestaban todas las preeminencias físicas que un padre puede desear para sus hijos. Negros ojos, de franca y serena mirada, daban á su semblante descolorido cierto grado de energía, que disipaba los restos de afeminación tan naturales en jóvenes de su edad. La sonrisa de Enrique era natural y agradable, y la cordialidad y gracia que se desprendían de su persona atraían fácilmente á cuantos se hallaban en su presencia.

Contemplóle el Baron durante breve rato, y poniéndole al Vizconde la mano sobre el hombro:

—¡Dichoso padre! dijo. Le felicito á V. sinceramente.

(Se continuará.)

#### LA CAZA DE ESCOPETA.

Entre las muchas obras que sobre *sport* ven diariamente la luz en Inglaterra, se ha publicado recientemente una muy notable, escrita por James Daiziel Dougall, acreditado constructor de armas y diestro *sportman*, que ha adquirido gran éxito en la Gran Bretaña y no poca fama en la mayor parte de las naciones del continente europeo. Ocupase de la *caza de escopeta*, y, á más de tratar de la buena construcción de las armas de fuego, sus diferentes clases y modo de cargarlas, conservarlas y limpiarlas, encierra un tratado completo

sobre la caza de las liebres, conejos, perdices, codornices, etc. La claridad de los conceptos, sencillez en el método, fin esencialmente práctico de todo su contenido, y hasta la novedad de muchas de sus ideas, prestan á este nuevo libro un notorio interés para todos los aficionados á ejercicios venatorios.

Sentimos que, hasta el presente, no se haya hecho una traducción al castellano de esta curiosa obra, y en la imposibilidad de emprender nosotros tal tarea, vamos á exponer, en una serie de artículos que sucesivamente iremos publicando, varias reflexiones que nos sugiere el citado libro haciendo mención, siquiera sea de pasada, de las más importantes doctrinas y opiniones de su competente autor.

La caza de escopeta tiene hoy grandísima importancia en todas partes, más que como caza, como ejercicio en que el hombre se adiestra en el manejo de las armas de fuego, que han alcanzado ya tan alto grado de perfección.

El sér humano, comparado físicamente con los demás animales, es muy débil. Aunque muchas sus necesidades, los medios naturales con que para satisfacerlas cuenta son de un orden muy inferior. No está dotado de los fuertes dientes del león, ni de las aceradas garras del tigre, ni de la diabólica astucia de la zorra para fascinar, coger y devorar su presa. La piel del hombre es delicada y lisa, y necesita abrigarse con vestidos, salvo en las cálidas latitudes de la zona tórrida; y aun cuando se disfrazara y encubriera con las espesas pieles de otros animales, nunca tendría ni la agilidad necesaria para alcanzarlos, ni, ya alcanzados, la fuerza indispensable para detenerlos y apoderarse de ellos.

Sin embargo, si el hombre lleva dignamente el título de *Rey de la creación*, á fin de no ser derribado de tan alto sitial, habrá de valerse de recursos artificiales para satisfacer la mayor parte de sus necesidades, y suplir de industria, con el auxilio de su inteligencia, facultad en que sobrepaja á los seres irracionales, lo que la naturaleza le ha negado.

La razón nunca se cansa de suministrarle recursos. Desde que apareció en el mundo, su potencia de observación permitiéndole descubrir la elasticidad de las maderas, é intentando sacar de ella partido, nació el arco. Después, ó al mismo tiempo, notó que un hombre que tuviese largo el brazo podía arrojar una piedra á mayor distancia que otro que le tuviera más corto; pensó, pues, en prolongar la longitud de su brazo por medio de la honda. Así sucesivamente fué adelantando en el arte de lanzar proyectiles, aplicándolos á la guerra ó á la caza, hasta que, por último, llamando en su auxilio á la Química, obtuvo, merced al descubrimiento de la pólvora, una elasticidad superior á la de los instrumentos hasta entonces inventados. El que descubrió la pólvora se hizo célebre; fuese el fraile Schwartz, fuesen los productores del antiguo fuego griego, siempre se le cita como ejemplo de ingenio y talento.

Más ó menos lentamente, y durante un espacio de muchos siglos, el hombre ha perfeccionado ese poderoso agente explosivo. Todo se funda en el mismo principio: encerrarle é inflamarle en un espacio reducido, cual es la recámara de un arma de fuego. Respecto al modo de cargar y de incendiar la pólvora, al material y dimensiones de dicha arma, á los infinitos detalles que convierten el oficio de armero en un verdadero arte, se ha necesitado tal dosis de trabajo y tanta actividad, que basta para formarse idea de ello examinar una escopeta ó un cañón.

Precisamente estamos en un momento histórico, como ahora se dice, en que las armas de fuego están siendo objeto de los más atrevidos y asom-

brosos descubrimientos. Los dos problemas tal vez más empeñados de la edad presente consisten, el uno, en enviar balas que vayan lo más lejos y con la mayor fuerza posible, y el otro, en hallar corazas y murallas capaces de resistir su empuje. La lucha entre Barbicane y Nicoll, que nos pinta la ingeniosísima novela de Julio Verne, el uno fundiendo una nueva bala, y el otro forjando una más poderosa plancha, es el combate en que hoy toma parte casi toda la humanidad.

Las armas de caza han sido objeto predilecto de este estudio, y tal vez se hayan ocupado de ellas con preferencia á las empleadas para la guerra. Es un hecho que las carabinas que se cargan por la culata se emplearon ántes en los ejercicios cinegéticos que en las batallas; pero esto no demuestra nada, porque sabido es que los gobiernos, como todas las sociedades, plantean las innovaciones con cierta lentitud y pereza, mientras que los cazadores obran por su propia iniciativa y con gran presteza.

Tan trascendental revolución no se ha llevado á cabo sino después de emprender empeñadas pesquisas sobre la parte mecánica de las armas.

La historia de ellas es una de las más curiosas que existen. Desde las primeras edades el hombre ha puesto en práctica toda clase de artefactos para lanzar proyectiles á larga distancia. El venablo, que es lo más primitivo en este punto, se arrojaba con la mano; los músculos del brazo eran, pues, el agente impulsador. En Australia se empleaba el llamado *boomerang*, que ya representaba un progreso, porque estaba construido de tal suerte que podía cambiar la dirección de las piedras hasta hacerlas regresar al punto de partida. Después vino la honda, que aumentaba la fuerza del brazo; luego el arco, la flecha y sus compuestos, las catapultas, arietes y demás maquinarias. Por último, se ha aplicado el *caoutchouc* para arrojar los arpones, con excelente éxito.

La potencia combinada de dos cuerdas elásticas es inmensa; su elasticidad, ó mejor dicho, su contracción, es lo que constituye la fuerza impulsiva. Sobre igual principio se fundan las armas de fuego. La elasticidad de los gases producidos por la combustión de la pólvora es una multiplicación de la elasticidad de la atmósfera, observada y aplicada ya al descubrir la *cerbatana* de los indios de la América meridional, que arrojan por la simple fuerza de sus pulmones un dardo emponzoñado. Los estudiantes alemanes también suelen emplear como armas arrojadas unos canutos de madera de seis pies de largo. Hoy se construyen bastones cuyos proyectiles atraviesan una moneda de veinte reales á algunos metros. En todos estos instrumentos, el aire contenido en el pulmón del hombre es la fuerza impulsadora. El vapor, que tantos servicios presta hoy á la humanidad, es una aplicación del mismo descubrimiento, y no falta quien propone su empleo para sustituirlo á la pólvora.

La *Biblia* y la historia antigua nos muestran la destreza de los honderos, que constituían entonces esencial parte de los ejércitos beligerantes. Las piedras talladas en forma de balas cónicas se usaron en la batalla de Marathon. Archibald de Alison asegura en su *Historia de Europa* (tomo IX, página 181) que los patagones, montados en sus pequeños pero vigorosos caballos, descargaban sus hondas con tan extraña habilidad, que podían herir á cualquier animal á cuatrocientos metros de distancia.

La pólvora de cañón hoy empleada llegará con el tiempo á tener más fuerza. Ya se ha descubierto la *xiloidina* ó algodón fulminante, y la dinamita, que comunican á los proyectiles una fuerza muy superior á la de la pólvora.

Causa verdadera y profunda admiración exami-

nar los progresos que se han realizado en estos últimos años en punto á las armas de fuego. Cierta autor cita, en 1748, como ejemplo de extraordinaria y casi milagrosa destreza, el caso de un cazador de aquel entonces, que mató un cuervo volando. En tiempos posteriores á esta fecha la caza de escopeta apenas se conocía; así es que el libro inglés titulado *Recreo de caballeros* (1686) se ocupa del modo de cazar toda clase de pájaros, desde el faisán hasta el gorrion, por medio de redes y liga. Los perros sólo se usaban en estos tiempos para coger las perdices enganchadas en las redes. Lo mismo acontecía con las aves de ribera; se cazaban únicamente en la época de la muda, es decir, cuando los pájaros no pueden volar.

Los cañones de las escopetas eran de tan extraordinaria longitud, que era punto ménos que imposible cazar al vuelo. En la obra últimamente citada se lee: «El mejor arcabuz es el que tiene el cañón más largo, es decir, de cinco y medio ó seis pies, cualquiera que sea su calibre.» En el célebre proceso de Tichborne fué necesario precisar la época de un arma que se había encontrado en el fondo del mar. El juez preguntó al testigo, propietario de ella: «¿Supongo que será muy antigua?» y contestó el testigo: «Sí, señor juez; el cañón tiene seis pies de longitud»; respuesta que fué acogida con salvas de hilaridad por el público que asistía á la vista. Verdad es que lo propio hubiera hecho la gente del siglo XVII si se les hubiera hablado de un cañón de 60 centímetros de largo.

Y al llegar á este punto podemos lícitamente rendir un tributo de honor á nuestro orgullo nacional. Los cañones construidos en España, que tenían, como en tales tiempos era de rigor, una desmesurada longitud, fueron durante mucho tiempo los mejores de Europa. Los que fundía Nicolás Biz, vecino de Madrid, que murió en 1724, eran excelentes, lo mismo que los de sus contemporáneos Juan Belez y Juan Fernandez. Vendiéronse algunos en 4.000 reales y estaban construidos de hierro sin pulimentar, pero soldado en toda su longitud. Tal esmero ponían nuestros artifices de entonces en la fundición y purificación del metal, que empleando para forjar un cañón cuarenta libras de hierro, quedaban reducidas, una vez terminado, á siete. ¡Lástima que en esto, como en otras cosas, nos *hayan echado la pata* (pásenos lo vulgar de la frase) los ingleses!

Y de igual modo las mejoras introducidas en los demás componentes de la escopeta han conseguido hacer más práctico su uso. Los cañones pulimentados y la inflamación de la pólvora por medio de las cápsulas de percusión han relegado al olvido el pedernal y eslabón antiguo, y la excesiva longitud y peso de las armas de otros tiempos.

Hoy la escopeta de caza toca casi á la perfección. Ha llegado al grado de sencillez en que se encuentra, merced á la invención ó modificación sucesivas de cada uno de sus detalles, no sin emplear para ello gran cantidad de tiempo y dinero. Aun en nuestros días el genio inventivo discurre sobre los diferentes sistemas de cargar, de inflamar la pólvora y de dar más fuerza á los proyectiles.

La escopeta de caza que se carga por la recámara ha hecho desear por completo los anteriores sistemas. Las primeras de aquella clase que se construyeron en 1856 no alcanzaron gran éxito, especialmente en la Gran Bretaña, pues no resistían la fuerza de las pólvoras allí usadas. Las escopetas reventaban con mucha frecuencia. Pero los ingleses perfeccionaron el sistema. Los obreros británicos, como dice el mismo Daiziel Dougall, no inventan tanto como los del continente europeo; pero trabajan más á conciencia y dejan los objetos mejor *concluidos*. Después, el nuevo sistema Lefau-

cheux ha sufrido diversas modificaciones, y hoy existe una gran multitud de escopetas de caza.

Harto sabemos que simples teorías, instrucciones escritas, no bastan para formar un cazador, y que una práctica continuada es la mejor escuela para adoctrinarse en las faenas venatorias; pero bueno es que el que tenga alguna experiencia de lo que es la caza y el manejo de la escopeta reciba algunos consejos, siempre útiles y beneficiosos, sobre lo que son las armas de fuego, la mejor manera de manejarlas y de hacer la puntería, y otros muchos detalles que debe tener presentes el que se precie de regular cazador. Doblemente es esto necesario en España, en que se descuida mucho el uso de las armas, principalmente en los pueblos, presenciándose con frecuencia tristes lances y dolorosas ocurrencias que no reconocen otra causa sino la imprudencia de los que son víctimas de ellos.

Y basten estas breves palabras como introducción y comienzo al trabajo que nos proponemos hacer.

R.

### LA REPOBLACION

#### DEL ARBOLADO Y LA LEY CONTRA LA FILOXERA.

Todo se ha dicho y vuelto á decir mil veces en este y en otros periódicos acerca de la influencia de los árboles sobre el clima, las cosechas y la higiene pública. No necesitamos, por lo tanto, repetir aquí las razones que abogan en favor de la repoblación del arbolado y están en la mente de todos. Es axiomático que los árboles son necesarios, indispensables para templar el clima, favorecer la vegetación y purificar el aire que respiramos, tanto en los campos como en las ciudades. No hay persona medianamente ilustrada que no quisiera ver en todas partes muchos árboles frondosos, mucha vegetación leñosa. Por consiguiente, nos limitaremos á examinar solamente los medios más idóneos y conducentes á realizar el objeto generalmente apetecido.

Sin embargo, debemos desde luego, y ántes que entrar en el fondo de la cuestión, sentar una observación preliminar. Muchas personas al hablar de la repoblación del arbolado fijan exclusivamente su mente en los montes, propiamente dichos, sean del Estado, sean de los particulares, y consideran poco importante el que se halla diseminado en las llanuras y en las heredades. Esto es un gran error, porque los árboles sueltos ó reunidos en pequeños grupos pueden llegar á representar, y representan en efecto, en algunos países, como Francia é Inglaterra, una riqueza tan grande ó mayor que los bosques y selvas, y además no ejercen ménos influencia sobre el clima, las producciones de la tierra y la higiene. Si las grandes masas de arbolado atraen y condensan las nubes, á la par que detienen con el *humus* de sus hojas y sus raíces las aguas que corren á la superficie de la tierra en las pendientes rápidas, el arbolado diseminado en los campos y los bosquecillos rompe el ímpetu de los vientos, refresca el aire en verano y modera el exceso de los frios en el invierno. La diferencia entre la temperatura máxima y mínima de una comarca, llanura ó meseta poblada de árboles es menor que la de otra comarca de iguales condiciones desprovista de vegetación arbórea.

Por eso damos tanto valor á ese arbolado que llamaremos *doméstico* porque rodea en su mayoría la casa habitada. No sabemos si la expresión es castiza, pero expresa bien nuestro pensamiento: queremos que el hombre, ántes que todo, pueble de árboles los alrededores de su habitación, los sitios donde trabaja, donde vive. No basta que el Estado

repueble los montes; que las Diputaciones y los Ayuntamientos planten árboles en las plazas y calles públicas, en los paseos y caminos; conviene que los particulares hagan plantaciones en sus haciendas, especialmente en las tierras que labradas no dan ó no darían utilidades. Es un error el suponer que para tener arbolado es necesario poder regar. No hay tierra por seca que sea que no pueda sustentar alguna vegetación arbórea. El problema consiste en elegir una especie bien adaptada á las circunstancias del clima, de la exposición y del suelo de cada lugar; donde no puede crecer y desarrollarse un roble ó un fresno, prevalece un pino ú otra conífera todavía más resistente á la sequía.

Veremos siempre con gusto que el Gobierno y los propietarios ricos se afanen en repoblar los montes; que grandes asociaciones se formen con ese plausible objeto; pero queremos también que todo dueño de hacienda, pequeña ó grande, plante anualmente mayor ó menor número de árboles.

Hemos conocido en la Champagne que se llamaba *pouilleuse*, en Francia, por causa de la pobreza de su suelo, un propietario pobre relativamente, que á los veinte y cinco años de edad tomó la resolución de plantar cada año 100 pinos de Austria, criados en tiestos, y que le costaban 60 francos, cuando la cosecha había sido buena plantaba 200 á 300; pues bien, á los sesenta años poseía más de 4.000, cuya mitad valía más de 4 duros uno; el hombre se había hecho rico por un procedimiento bien sencillo y sin gran riesgo ni esfuerzo. Pero no es eso todo; tuvo imitadores, y hoy esa parte de la Champagne no puede llamarse *pouilleuse* sino por efecto de un recuerdo histórico; es una comarca donde todo propietario es rico ó en camino de serlo.

Nosotros quisiéramos tener una voz bastante poderosa para decir á todos los labradores españoles, á todos los propietarios pequeños ó grandes: « Si queréis salir de la situación precaria en que yaceis, plantad cada año cierto número de árboles apropiados al clima y al suelo que cultiváis: algunos millares, algunos centenares ó algunas docenas, segun vuestras fuerzas; al cabo de algunos pocos años seréis ricos; y vuestros hijos lo serán más todavía. »

Poca hacienda habrá en la cual la décima parte no producirá más en vegetación arbórea que en labrantía; hay muchas en que la labrantía no debería tener otro objeto que mantener su dueño mientras crecen los árboles.

Cuando el terreno es bueno y hay posibilidad de regar, plántense frutales, pero de buenas clases, de las clases cuyos productos se venden bien en el extranjero. Años ha habido en que Francia exportó por 400 millones de reales de frutas verdes. Pero las especies y variedades que se cultivan aquí no encuentran, ni encontrarán jamás gran aceptación en los mercados extranjeros: la reputada pera *Don Guindo* se venderá por arrobos; una *Duquesa* ó un *doyénné d'hiver* se venderá por piezas. Y ¿por qué? Porque el *Don Guindo* es una pera excelente para los que..... no conocen otras mejores; y allí por allende el Pirineo se conocen todas las mejores frutas.

Pero en la mayoría de los casos los árboles maderables ó de sombra llevan gran ventaja á los frutales, porque después de plantados no necesitan otro cuidado que el de cortar las ramas laterales en tiempo oportuno, operación que produce y no cuesta. Los árboles frutales, por el contrario, tienen más exigencias y requieren gastos. Nosotros entendemos que un olmo dará con frecuencia más utilidad líquida que un peral, un manzano ó un nogal. El pino de una ú otra clase, segun las circunstancias de cada comarca, pero sobre todo en la del Norte y en la región central, puede ser para sus habitantes una segunda Providencia. En las

provincias del Mediodía y del litoral, algunas clases exóticas de poderosa vegetación, como el *Eucalyptus globulus*, por ejemplo, serán preferibles. El que duda en vez de plantar cien árboles de una clase, puede plantar el mismo número en veinte especies, y al cabo de pocos años la experiencia práctica le habrá revelado las clases mejor adaptadas á las circunstancias que le rodean.

Nosotros queremos que mientras el Gobierno se ocupa de los montes y de la repoblación de las sierras, los particulares dediquen algún dinero y algún cuidado á ese arbolado doméstico, que á nuestros ojos vale tanto como aquél bajo el punto de vista de la riqueza pública, y más bajo el punto de vista higiénico y de las cosechas.

Pero ¿cómo fomentar esa clase especial de arbolado? En nuestra opinión, adoptando las medidas oportunas para que los propietarios y labradores puedan adquirir los plantales á precios económicos de las clases que pueden necesitar, y esto es precisamente lo á que se opone la ley de defensa contra la filoxera, la cual prohíbe la entrada de las plantas vivas. La arboricultura está tan atrasada en España y tan pobre, que los precios en los viveros españoles están tres ó cuatro veces más elevados que en el extranjero, y que no se hallan en los mismos sino un corto número de especies, tanto forestales como frutales.

Esa ley, copiada de otras vigentes, ó que lo han sido en algunos países extranjeros, es un verdadero tejido de absurdos, extravagancias y contradicciones, como vamos á demostrarlo, sin que neguemos que esto sea precisamente un motivo para que subsista muchos años.

Los gobiernos—no hacemos ningún cargo especial al Gobierno español, que sólo ha tenido la mala ocurrencia de seguir el camino trazado por otros—los gobiernos, decimos, han dirigido á los sabios, á los académicos, la siguiente pregunta: « ¿Vive la filoxera sobre otro vegetal que la vid? » « No; contestaron unánimes los respetables depositarios del saber humano; nunca se ha encontrado una filoxera sobre otra especie que el *vitis vinifera*. » En este punto no ha habido la menor disidencia entre los sabios; fenómeno raro, puesto que siempre alguno niega ó contradice lo que otros han afirmado. Corporaciones científicas ha habido que ofrecieron un premio al que encontrara una filoxera sobre otra planta que la vid sin haber sido depositado sobre la misma por una fuerza externa.

« Entónces, dijeron los Gobiernos, si la filoxera no se encuentra nunca sobre otra planta vegetal que la vid, vamos á prohibir la entrada de todos los vegetales en nuestros respectivos países, *aun procediendo de comarcas no infestadas*. » De ello resulta que un propietario de Málaga, donde consta oficialmente la presentación de la plaga, no puede traer de la Argelia, libre de la misma, una palmera, que en ningún caso, aun procediendo de una región infestada, podría sustentar una filoxera; que un propietario de San Sebastian ó de las Provincias, donde no hay riqueza vinícola ni una viña, no puede introducir de fuera un peral ó un manzano que le hace falta, aunque los sabios hayan declarado solemnemente que el peral y el manzano no llevan nunca la filoxera; que un vecino de Irun no puede traer de Hendaya un geranio ó una camelia, aunque no haya ninguna viña en Hendaya que pueda comunicar el azote, ni en Irun que pueda recibirlo. Más; cuentan que un día los agentes de la Aduana de Irun quitaron á un viajero un capullo de rosa que llevaba á su botonera.

Pero ¡admírense nuestros lectores! Ese propietario de Málaga, que no puede traer de una región indemne á una región infestada una palmera, puede enviar legalmente á toda España otra palmera criada en medio de un foco filoxérico; en efecto,

la ley le prohíbe únicamente de exportar las vides y sus sarmientos. La palmera procedente de Argel, donde no hay filoxera, podría, según la ley, traer á España el azote; pero no hay temor que la misma palmera, criada en una región infestada, la propague á otras provincias.

Eso no es todo, porque

La logique est une ile escarpée  
Et sans bord;  
Où n'y saurait rentrer quand  
On est dehors.

La legislación que impide la entrada de toda planta viva, y aun de los ramos de flores, permite la entrada de las cebollas, de las patatas y de un sinnúmero de hortalizas y frutas que, sin duda, no pertenecen al ramo vegetal y no son plantas vivas. Son productos alimenticios, dirán algunos; pero como productos alimenticios, ¿serán más indemnes que un peral, una palmera ó una camelia? Precisamente muchas cebollas y patatas se crían actualmente en los claros que la filoxera ha dejado en las viñas, y una vez en España, cada cual es dueño de comerlas ó de plantarlas como cualquier otro vegetal. Nosotros confesamos que, escudados por la ley, hemos hecho entrar, no una, sino dos veces, patatas, con el único objeto de sembrarlas. ¿Por qué la misma ley nos prohíbe de introducir 6.000 frutales que necesita un propietario de Tudela? Los sabios que han aconsejado la prohibición de unas plantas vivas y la entrada libre de otras plantas igualmente vivas, ¿pueden explicarnos por qué un manzano traído de Angers ó de los alrededores de París, donde no existe la plaga, puede infestar la Navarra, y una patata que viene ó puede venir de una comarca contaminada no ofrece peligro alguno?

Comprendemos perfectamente que en el principio, cuando no se conocía la historia natural de la filoxera, cuando se suponía que el insecto podía vivir sobre diferentes plantas, se hayan dictado disposiciones tan faltas de buen sentido; pero nos admira que una vez que se ha reconocido por la ciencia y la observación que la filoxera vive exclusivamente sobre la vid, sobre el *vitis vinifera*, se deje en vigor una ley que lastima intereses tan respetables como los de la Agricultura. La Agricultura necesita árboles frutales y forestales que no encuentra en los viveros españoles, y que no puede obtener sino del extranjero; prohibir la importación de esos árboles es perjudicarla sin razón ni motivo plausible, contra el sentido común y la lógica. Y mientras no se reforme dicha ley, ó mejor dicho, su interpretación ó aplicación, porque la prohibición ó la entrada libre es, en virtud de la misma, potestativa del Gobierno, no habrá gran actividad en la repoblación del arbolado forestal ni en la plantación de árboles frutales.

Sobre tan importante cuestión llamamos la atención del Sr. Ministro de Fomento y de los periódicos que ya se han ocupado del asunto.

ESTANISLAO MALINGRE.

#### DONDE MÉNOS SE PIENSA....

Eduardo Quiroga llegó á Vendrell, en las cercanías de cuya ciudad estaba la quinta de su prometida. El padre de ésta y el de Eduardo, antiguos amigos y comilitones en la guerra de África, habían ajustado las bodas de sus dos hijos. Así como dos árboles que vegetan juntos y al mismo tiempo llegan á enlazar, con el curso de los años, sus verdes y más lozanas ramas, del mismo modo entrambos camaradas querían unir, en vínculo indisoluble y perpétuo, las existencias de aquellos dos tiernos retoños, de que eran progenitores.

Desgraciadamente, el del novio había muerto antes de ver cumplidos sus deseos. Eduardo tenía veinticuatro años. De genio festivo y alegre; gozando de la libertad del ave que vaga á sus anchas entre umbría espesura, sin curarse de los mortíferos plomos que le amenazan; rodeado de los placeres del mundo y deleites de la vida; sin parientes ni deudos á quienes rendir estrecha cuenta de sus acciones, la vida del joven transcurría no envidiosa aunque sí envidiada. El proyectado matrimonio significaba, empero, para Eduardo, á más de deuda de honor, obediencia á un mandato paterno imperiosamente expresado por un moribundo entre los lastimeros sollozos del estertor y las convulsivas contracciones de la agonía. Eduardo, afectado por tan fúnebre espectáculo, había jurado sobre los aún tibios restos del autor de sus días satisfacer cumplidamente su postrer voluntad. Si todo juramento es de suyo formal y solemne, el que se presta ante un lecho velado á medias por las negras sombras de la muerte parece más sagrado é imponente, y así el huérfano Quiroga hizo firme propósito y resolución de cumplir su promesa.

Y era lo más peregrino del caso, que ni Eduardo había visto ningún retrato de la novia, ni mucho menos al original. Sólo sí sabía, por las cartas de su futuro suegro, que la muchacha tenía diez y ocho años y se llamaba Rosa; que lo era en belleza, por pública voz y fama, y también por alguna perfumada epístola que de ella misma hubo de recibir, que más tenía de discreta que de tonta aquella Dulcinea, para él no menos encantada y desconocida que la del Toboso para el ingeniosísimo Hidalgo Manchego.

El padre de Rosa, por el contrario, había estado en Madrid cuando la muerte de su amigo. Allí conoció á Eduardo, y allí convino con él en que pasado el año del luto se llevaría á feliz término el enlace en ciernes. Y como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llegó el caso de satisfacer la matrimonial deuda una vez transcurrido el plazo estipulado.

Viéndose ya Eduardo en Vendrell, resolvió presentarse al siguiente día de su llegada en la quinta que iba á ser teatro de la nupcial ceremonia, pues no se le cocía el pan, como suele decirse, hasta ver á su prometida. Mas, para no correr el riesgo de sorprender á la incógnita novia en un *negligé* demasiado desencantador, ó entregada á menesteres harto humildes para no quitar la ilusión aun al que tuviera su fantasía menos levantisca que Eduardo Quiroga, tomó el acuerdo de dejar la visita de vistas para la tarde del día siguiente.

Levantóse éste muy de mañana, y para matar el tiempo y dar lugar á que llegase la hora de hacer lo propio con la curiosidad, sintió deseos de dar un paseo por el campo, no sin procurar antes enterarse de cuál era el camino que á la quinta de Rosa conducía. Era Eduardo devotísimo de Diana, cazador quiero decir, de tanta afición como destreza. Vistióse, pues, un traje adecuado á los ejercicios venatorios, que prevenido en su maleta llevaba; calzóse ajustada polaina de finísimo cuero, y fuese por acaso ó de intento, se dirigió por el camino que le habían indicado.

Era una magnífica mañana del mes de Mayo. Florecillas mil de innumerables clases y matizados colores esmaltaban el campo cubierto de verdoso y aterciopelado musgo. Las gotas de rocío esparcidas sobre la tierra iban una tras otra perdiendo su brillo con el calor del día, cual las estrellas del cielo se habían ido sucesivamente apagando al despuntar del alba pocos momentos antes. Numerosas orquestas de canoros pajarillos lanzaban al aire los últimos acordes de la melodiosa overtura con que da comienzo el día. Suaves ráfagas de viento trasportaban por doquiera las

perfumadas emanaciones que se desprenden, cual etéreas partículas, de las plantas aromáticas. Todo convidaba á la reflexión y al éxtasis, y Eduardo, embriagado por los densos vapores que le rodeaban, rindióse al influjo de amorosas reflexiones.

Pensaba en su prometida. ¿Cómo sería? Ora se la figuraba como tipo ideal, vírgen modelo de honestidad, gracia y belleza, adornada de todo linaje de excelencias y virtudes, engalanada por toda suerte de atractivos. Pero cual acontece al tornar á la vida después de haber soñado con algo dulce y placentero, la brutal realidad, efecto de una preocupación en él ingénita, se mostraba luego desnuda á Eduardo, y recordando que su novia era catalana, pensaba que de las hijas del Principado que hasta entonces conociera ninguna correspondía á sus aspiraciones. Apresurábase entonces á cubrir sus oídos, creyendo oír un acento áspero y desagradable, merced al cual las más galanas frases tornábanse en monótono carraqueo. La quinta de ella no debía estar lejos del sitio en que se hallaba. ¿Por qué no se despejaba la incógnita?

A tales pensamientos iba entregado, cuando divisó no lejos de sí una gentil y pintada perdiz que iba saltando sobre dos finísimas columnas de coral, que no otra cosa parecían sus rojas patitas. Desgraciadamente para el cazador, y afortunadamente para el ave, esta no estaba á tiro. Parecióle á Eduardo que se había ocultado en una espesura, y yendo tras ella, dió en una rústica empalizada formada de añosas y carcomidas estacas. Era el cercado de una posesión de allí próxima. Altos olmos y espesos nogales, que tendían sobre aquel sitio la complicada red de su ramaje, prestábanle compacta sombra, y un verdadero bosque de flores, que, meciéndose pausadamente sobre sus flexibles tallos, parecían entregarse á agitada contradanza, y, huyendo unas de otras, luego volvían á juntarse en febril y apasionado beso, crecía á los pies de los agrietados troncos.

Allí había una flor mayor y más bella que las demás. Era una linda niña, blanca, rubia, de esbelto talle y correctísimas formas. Sus cabellos, más dorados que las espigas de Ceres, estaban recogidos sobre sus lindas sienes formando apretado rizo, no sin que algunos, harto voluntariosos para reducirse á tan estrecha prisión, se agitasen jugueteando á cada movimiento de la incomparable cabeza, descomponiéndose en ellos la luz cual si pasase á través de cristalino prisma. Sus divinos ojos parecían dos rasgadas lumbreras, á través de las que se percibía el purísimo azul de los cielos y el vivo centelleo de las estrellas. Purpurinos labios se plegaban en aquel rostro, trazando angelical sonrisa, y dejando al descubierto al entreabrirse como un capullo, blanquísima hilera de esmaltados dientes. Vestía una doble falda de color de lila, un sencillo jubon de terciopelo negro y un vistoso pañuelo de seda, que, cruzado sobre el pecho, formaba un pequeño escote mostrando alabastriña garganta, y el nacimiento de un pecho incomparablemente bello.

Eduardo dudó si sería una aldeana, por capricho de la naturaleza dotada de divina esencia, ó una aristocrática dama por propio antojo vestida de campesina. Llegóse el cazador á la cerca, de la cual ya se alejaba la misteriosa beldad, cual medrosa gacela sorprendida, y Eduardo no pudo menos de lanzar una exclamación de asombro seguida de entusiastas é ingenuos requiebros.

—A fe de Eduardo, dijo, nunca vi tan peregrina hermosura.

—¿Eduardo?... exclamó la joven como sorprendida por súbita idea y con acento de curiosidad.

—Eduardo Quiroga, para servir á todas las que sean tan bonitas como usted, que, en verdad, serán pocas ó ninguna.



Ligeros tintes de carmin asomaron al celestial rostro de la aldeana, la cual lanzó luego una franca y ruidosa carcajada.

—¿Conque V. es el que viene á casarse con Rosita, dijo con esa voz privilegiada que Dios concede á ciertos seres, y que suele dejar en el corazon eco perenne. Vaya, que si la novia supiera

que se entretiene V. en dirigir chicoleos á la primera que encuentra, seguramente se negaría á darle á V. su mano.

—Eso quisiera yo. ¿Quién despues de verla á V. piensa en casarse con otra? ¡Ah, si yo pudiera dar al traste con esa boda y ponerla á V. en lugar de Rosita!

La jóven se habia ido aproximando insensiblemente á la cerca en que Eduardo seguia apoyado, cual si aquel encuentro no le fuese desagradable, y comenzó á dirigirle bromas, con mal disimulada confianza, sobre su prometida, de quien dijo ser muy amiga.

En esto apareció un hombre, ya anciano, des-



DONDE MÉNOS SE PIENSA.....

mesuradamente robusto. Al principio miró con asombro é indignacion la hermosa pareja; pero despues, reconociendo á Eduardo, y asomando el gozo por todos los poros de su mofletudo semblante, exclamó:

—¿Qué es esto? Veo que mi futuro yerno y su novia no necesitan presentaciones oficiales para pelar la pava y arrullarse como dos tortolitos. ¿Os habeis gustado, muchachos? Pues eso es lo principal. Vamos á casa, Eduardo, que ya tendrás gana de almorzar.

Era el padre de Rosa, y ésta la linda aldeana, que, tan sin pensarlo, se habia encontrado Eduardo.

Inútil es decir que la proyectada boda se verificó con toda felicidad, y gran contento de la novia, y sobre todo del novio, el cual quedó convencido de que tambien en Cataluña hay ecos dulcísimos y mujeres bonitas.

FÉLIX ROSELL.

#### LA BARBOTA Ó MOLINERO.

La naturaleza ha variado la forma de los seres que vivifican los diversos órdenes que institua; pero los papeles que tienen que desempeñar se repiten invariablemente. Entre los peces, la barbota es el que se encuentra encargado del papel de inspector de sanidad, como el puerco lo es entre los cuadrúpedos y los patos y cuervos entre las aves: su voracidad, la potencia de sus facultades digestivas le facilitan, como á aquéllos, las funciones de encargada de la salud pública: omnívora, como ellos, se acomoda con la mayoría de los *debris*, cuya acumulacion concluiría por

comprometer la pureza de las aguas; es un pescado útil; primero, en razón de sus atribuciones especiales; y segundo, porque, bien que su carne no pueda citarse por su delicadeza, contiene pocas espinas y es sana y de buen gusto.

Este pescadillo señala la transición entre los comibles y comedores del pueblo acuático: tiene de los primeros un cierto instinto de sociabilidad; no hace el vacío a su alrededor para asegurar mejor su subsistencia; al contrario, siendo ecléctico en materia de alimentación, es de opinión que, cuando hay para uno, hay para diez; forma gustoso parte de grupos que remontan el río, libre de mostrarse más listo que sus compañeros, cuando el ruido de la caída de un insecto, de un fruto, le indica que la mesa está puesta; porque ya veremos, cuando hablemos de su pesca, todo le es bueno, aun la moralla, aun sus semejantes. Más civilizado que los lobos, no teniendo gran cosa que envidiar á la especie humana, las barbotas se comen unas á otras cuando sus dimensiones lo permiten.

Estos apetitos de canibal se acusan en su forma; el cuerpo de este pez se alarga y redondea de manera de hacerlo apto para la caza; el órgano propulsor; la cola es ancha y partida, fabricada para empujarlo rápidamente para adelante y facilitar las vueltas; la mandíbula está armada débilmente, pero las dos hileras de dientes que la adornan bastan para retener un pescado pequeño; el pirata empieza á herir en esta especie.

La pesca con caña de la barbotas es divertida y productiva; con un convidado tan complaciente como éste, se tiene la elección de los cebos que le han de servir; su avidez no está, sin embargo, exenta de cierto discernimiento: se le presentan frutos antes ó después de estar en sazón, y se despierta su desconfianza. No está á la altura de nuestro gusto por los primeros.

Un *gentleman* inglés, que es el mayor cogedor de truchas que hemos visto, no utilizaba casi nunca los insectos artificiales que la industria de su país ha llevado á tal perfección. Estudiaba cuál era la clase de insectos que se presentaban con más abundancia en los juncos y en los mimbres de los ríos que contaba explotar, y cebaba sus anzuelos: la costumbre es bueno seguirla cuando se tiene la barbotas por objetivo. En la primer primavera morderá á los coleópteros pequeños y grandes de la estación; un poco más tarde, preferirá las cerezas; durante el verano se le podrán ofrecer langostas; después, granos de uva negra, y en fin, en todo tiempo se le podrá capturar con lombrices y cebos.

La barbotas tiene, sin embargo, un cebo que no da resultados sino con ella, y que es el que produce los resultados más constantes. Desgraciadamente, y en el caso mismo en que un comercio continúa con el nauseabundo gusano de la carne nos haya blindado contra la delicadeza, no se afrontan sin vacilar las señales repugnantes que deja en las manos, sobre los vestidos del pescador, este otro cebo, más repugnante aún, que no es otro sino sangre coagulada. Cuando se está decidido á prescindir de las preocupaciones como de las repugnancias personales, es preciso empezar por escoger en el río un sitio donde la corriente tenga cierta rapidez y cuyo fondo sin hierba sea liso; después, ocuparse de provocar el que suba la barbotas. A este efecto, se baja al fondo del agua algún canasto viejo de ensalada lleno de piedras, y en el que se ha colocado cierta cantidad de sangre, picada muy menuda, cubierta con paja, para que la corriente no arrastrelas partículas sino poco á poco. El anzuelo se guarnece con un cuajaron de sangre en forma de dado. Es preciso para esta pesca tener la vista fina y la mano ligera, pues este cebo frágil se desprende cuanto el pescado lo ataca.

Las mejores y más grandes barbotas se cogen con la sangre por cebo: hemos conocido un señor que tuvo la suerte de pescar uno de estos pescados, que pesaba cuatro kilogramos. La captura había producido sobre su vencedor tal impresión, que había llegado á ser el acontecimiento importante de su existencia; había instituido la era de la gran barbotas para su uso personal y le servía de fecha con un entusiasmo que los años no habían debilitado. En 1878 un capricho del destino hizo del pescador un candidato á la diputación, y en esta calidad tuvo que presentarse en una reunión pública: un amigo, que conocía su debilidad, le había hecho jurar antes de ir que la palabra barbotas no saldría de su boca.

Al principio todo iba bien; pero habiéndole interrogado un elector indiscreto sobre sus antiguas simpatías por la revolución, el orador, después de haber noblemente confesado el hecho, añadió con vehemencia: «Pero la voluntad del pueblo habiendo restablecido el trono en el año memorable.... en que cogí yo un pescado tan grande! Es inútil decir que la candidatura naufragó en medio de las risas y que nadie trató de sacarla del agua.

F.

#### UNA CACERÍA DE MONOS.

La siguiente relación es un eco de los *sports* del nuevo mundo, bien diferentes de los nuestros de Europa, que nos

envia un amigo oficial de marina, recién llegado de los mares del Sud de América.

El buque en que estaba embarcado había tenido que detenerse en el Callao á componer ciertas averías; y como nuestra estancia en el Perú debía durar dos ó tres meses, pedimos una autorización para hacer una excursión hacia las cordilleras.

Al día siguiente de obtenerla salimos de Lima montados en excelentes caballos de raza española, y guiados por dos indios que debían llevarnos á la hacienda de un rico propietario, para quien teníamos cartas de recomendación.

El viaje duró tres días por medio de un magnífico país; la noche del tercer día llegamos á la hacienda, donde recibimos la mejor acogida y la hospitalidad más cordial.

Aquella noche, sentados bajo un verde abrigo, hablábamos con nuestro huésped, ó mejor dicho, escuchábamos la relación de sus cacerías, cuando uno de los criados vino á anunciar que un indio que vivía en un extremo de las plantaciones deseaba hablarle en seguida. Don José (éste era el nombre del dueño de la hacienda) salió, y volvió á los pocos instantes para decirnos que al día siguiente tendríamos el placer de hacer algunos disparos, porque venían á anunciarle que se habían presentado los monos, y las cañas de azúcar tendrían que sufrir mucho aquella noche de su invasión.

Al día siguiente á las cuatro salimos de la hacienda; era una hermosa y fresca mañana, y caminábamos á lo largo de un inmenso estanque ó laguna de aguas tan claras, que se veían brillar en la arena del fondo las conchas de mil reflejos y ramas de las plantas acuáticas de un rojo púrpura.

Algunas veces, asustado por nuestra cabalgata, un pescado de azules escamas y aletas de oro se ocultaba entre las raíces de las plantas que flotaban en el agua, ó bien una garza blanca, de negra cabeza, tiesa sobre sus largas patas rosas, esperando su presa, salía volando para ir á posarse en alguna isla de verdura.

Don José nos mostró pronto nuestro terreno de caza; era un vasto campo lleno de verde, y el tinte dorado que tomaba la extremidad de las hojas anunciaba la madurez de las cañas de azúcar.

Durante una hora seguimos las orillas del estanque, rodeado todo de acacias, cocoteros, palmeras y plátanos, que reflejaban sus diversos matices en las transparentes aguas. Después atravesamos un vado, y al otro lado encontramos una arena lisa, blanca, que brillaba con los primeros rayos del sol. Habíamos llegado: una gran plantación de cañas de azúcar se extendía todo á lo largo, y de distancia en distancia se levantaba un cocotero. Preguntando á D. José sobre la utilidad de estos árboles en medio de la plantación, me dijo sonriéndose y en voz baja: «Dentro de un cuarto de hora juzgará V. de su utilidad.»

Nos colocaron en nuestros puestos, y á una señal dada por D. José resonaron mil gritos raros á la extremidad de la plantación, acompañados de un ruido formidable. Estábamos colocados sobre una pequeña eminencia que dominaba la plantación, y apenas los endemoniados músicos de que hemos hablado empezaron su abominable concierto, D. José nos gritó: «Ha empezado la batida; mirad á los cocoteros.»

En efecto, la plantación pareció animarse; los tallos se agitaban con ruido, y los de brillantes colores y pájaros de todas clases tomaban vuelo. Algunas veces en aquel océano de verdura se veía trazar un ancho surco, que se dirigía hacia el bosque; pero allí encontraban á los batidores, y los gritos y palos les hacían retroceder. En fin, apercibimos unas grandes bolas negras subiendo rápidamente á los cocoteros más lejanos.... Eran los monos.

Al cabo de media hora, todos los árboles estaban cubiertos de figuras á cual más bizarras dando aullidos y gritos agudos. Ahora es menester mostrar destreza, señores, nos dijo D. José; solamente tened cuidado de no acercaros á los árboles á más de treinta pasos.

Entramos en la plantación, y si no hubiera sido por los gritos de los indios que cercaban los árboles, no hubiéramos podido encontrar nuestro camino al través de aquella muralla de plantas: en fin, mi amigo y yo llegamos cerca de un inmenso cocotero. Unos treinta monos, de todos tamaños, lo habían cogido por refugio y arrojaban con un vigor extraordinario los enormes frutos que arrancaban del árbol. Dirigimos sobre ellos un fuego nutrido, y nuestras escopetas, cargadas con plomo grueso, hicieron pronto numerosas víctimas. Mi amigo, olvidando la recomendación de D. José, franqueó la distancia que nos separaba del árbol para apoderarse de un mono pequeño, acurrucado cerca del cuerpo de su madre, que había caído muerta de las más altas ramas del cocotero, y habiéndose enredado en las plantas que cubrían el suelo, cayó. En su caída tropezó con un mono grande, uno de los decanos de la banda, que, con las piernas rotas, se arrastraba por tierra, y se vengó mordiendo cruelmente en la cadera de mi compañero, mientras que los otros hacían de lo alto del árbol caer sobre él una pedrisca de cocos, de que todo su cuerpo conservó mucho tiempo las señales. Un disparo hecho por

mi lo distrajo, y mi amigo pudo, muy lastimado, volver á su fuerte.

Unos veinte monos, de todos tamaños, yacían sobre la tierra, cuando, con gran admiración, vimos á los que quedaban descender á las ramas más bajas, y liándose unos á otros por medio de sus largos rabos, darse un vigoroso empuje y arrojarlos en medio de las plantaciones.

La plaza quedaba abandonada así; no ocupándonos de correr tras los fugitivos, volvimos al pie del árbol. Ciertamente esta caza tenía para nosotros el atractivo de la novedad; pero á la vista de aquellos desgraciados animales heridos, y de los pequeñitos ocultándose bajo el cuerpo ensangrentado de sus madres, juré no volver á empezar otra vez.

Al poco tiempo se nos reunieron algunos indios, y acabaron nuestro triste trabajo por medio de gruesos palos. Nosotros nos llevamos dos pequeñitos, que hicieron por mucho tiempo la delicia de los marineros á bordo.

Salimos de la plantación y nos encontramos á D. José á orillas del estanque. Dos horas después volvimos á la hacienda, donde durante un mes nos entregamos á las más variadas cacerías. Durante este tiempo no hubo más invasión de monos y se pudo hacer fácilmente la recolección de la caña.

Un día que la caza nos había llevado cerca del estanque de que hemos hablado, nuestro huésped nos llevó hacia la plantación que había sido teatro de la sangrienta hecatombe, y cogiendo algunos tallos de caña, nos hizo observar una ancha incisión hecha al pie de los tallos, por donde había salido un licor azucarado.

— Así es, amigos míos, nos dijo, como los colonos se encuentran algunas veces arruinados en dos ó tres días, si á una bandada de monos les agrada invadir una plantación.

Entonces comprendimos la necesidad de las batidas, y nuestro corazón, ya menos sensible, olvidó el doloroso espectáculo de la agonía de las víctimas de una glotonería tan perjudicial á los intereses de nuestro amigo D. José.

X.

#### SPORT.

##### PASEO AL INFIERNO DE LOS CADALLOS.

Un día que no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea de ir como Dante á dar una vuelta por el infierno; tranquilícese el lector, al infierno de los caballos, donde son más felices que en la tierra. Varios caballos estaban ocupados en examinar otros recién llegados.

— ¿De qué país vienen ustedes?

— De Inglaterra, del país del caballo por excelencia.

— ¡Ah! Esto es discutible. Antiguamente no digo que no; pero hoy no se van á buscar allí los caballos de trabajo y de lujo, y los franceses podemos rivalizar con ustedes.

— Permitidme le diga, contestó uno de los ingleses, que habla V. como todos sus compatriotas, que se dejan llevar por el amor propio nacional. En Francia es una enfermedad el encontrar siempre sus productos mejores que los de los demás, sin ni aún conocerlos. Vosotros no tendréis nunca una producción caballar como la nuestra, ni aún como la de Alemania, por mil razones.

— Dadnos algunas.

— Primeramente, para hacer bien una cosa es preciso tenerle cariño; ¿por qué los árabes tienen tan buenos caballos? El beduino es, sin embargo, un bárbaro, que no tiene para guiarse sino las luces de una sagacidad instintiva; pero para él el caballo es un sentimiento, y éste es el secreto de los prodigiosos resultados que ha obtenido en su producción. Lo ve de cerca, lo observa todos los días, su atención, su estudio, se dirigen sobre detalles en apariencia fútiles, sobre circunstancias que escaparían á la vista de otro menos íntimo que él, y de las que aprende á sacar partido, ya para obtener un progreso, ya para evitar un mal.

Entre los ingleses existe el culto por el caballo, no menos sincero, aunque más positivo que el de los hijos del desierto. Lo consideran bajo el doble punto de vista del arte y de la riqueza industrial, y de esta manera ha venido á ser entre sus manos una potencia y una gloria. El caballo es amado por todos; el trabajador de las ciudades, el campesino, el más ínfimo proletario, tratan al caballo con solicitud; en vuestro país la generalidad los miran como un animal peligroso, se sirven de él para cualquier trabajo, desde los grandes carros hasta los ligeros coches, y no se entienden con ellos sino por medio de golpes.

El caballo no se mejora sino cuando está bien cuidado, si no, degenera rápidamente.

Vosotros teniais en Francia razas locales, muy hermosas y buenas, y las habeis dejado degenerar hasta tal punto, que hoy ya no existen. ¿Creeis que si los ingleses

tuvieran el clima y suelo de la Francia habrían dejado perder razas como la limosina y perchersona?

En vuestro país el caballo no es generalmente ni un amigo ni un compañero ni un sentimiento como en Arabia, ni una gloria ni una obra de arte como en Inglaterra. Es á los ojos de unos una cosa, un beneficio, una pura mercadería; á los de otros, un instrumento de trabajo, ó un objeto de estéril vanidad, y una ocasión de lujo aparente. Raramente pensais en dar al caballo sus invalidos. Si os es inútil, lo reformais, y de miseria en miseria, termina su carrera en casa del desollador. Vuestra indiferencia está caracterizada por el hecho del célebre *Godolphin*, arrastrando un carretón por las calles de París.

Esta indiferencia es característica en toda la escala social y reforzada en el criador francés por la más completa ignorancia.

—Es V. muy duro, señor inglés, y sin embargo, producidos mucho.

—No lo bastante, puesto que para los carruajes de París los traen de Dinamarca y Alemania; para la gendarmería, de Bélgica y el Luxemburgo; le concedo que como número no estais en atraso; pero como calidad sois inferiores á los otros países, y la mayor dificultad de la producción caballar entre ustedes, dificultad que si no se remedia, amenaza hacer inútiles cuantos esfuerzos podais intentar, es la división del terreno; no solamente la extensión de la propiedad es insuficiente para la cría del caballo, sino que el criador carece generalmente de los fondos necesarios para una buena explotación.

Para llegar á ser propietario de una parte de su tierra el labrador se desprende del capital que hacía su prosperidad, y á menudo contrae deudas.

El campesino criador pasa á ser de labrador acomodado á propietario con apuros, y á ménos de una suerte inesperrada, él y sus hijos serán tarde ó temprano proletarios.

Después de este discurso el caballo inglés se calló.

Un caballo árabe muy hermoso pasaba por allí en aquel momento:

—Hace dos mil años que dejé la tierra, de modo que no puedo discutir con vosotros; pero veo que se han hecho pocos progresos, porque ya en mi tiempo se cuidaba mucho nuestra raza, y yo mismo nací en una de esas aglomeraciones de yeguas que hoy llaman ustedes haras; yo creo que también las hay en la Rusia Meridional y en algunos puntos de España é Italia. Antiguamente entre nosotros las razas se conservaban puras, y no sé cómo ahora este es el punto que parece más difícil realizar.

—Sin embargo, es fácil de comprender, porque hay tal cantidad de caballos degenerados que sirven para la reproducción, que las razas desaparecen; pero vamos á examinar lo que se ha hecho en Europa para la mejora de la raza, y para esto aquí veo llegar un caballo que hizo con Guillermo la conquista de Inglaterra.

—Sí, queridos amigos; yo soy el primer caballo normando criado en el haras de Caen, de los Duques de Normandía, que pasó la Mancha; y vosotros, ingleses, que tanto habeis hecho por el caballo, ha sido gracias á nosotros que llevamos el gusto y afición de la cría del caballo á vuestro país. El rey Enrique I fué el primero que presentó un caballo árabe en la iglesia de Saint-André. Después he completado mi educación sobre esta cuestión, hablando con muchos de los que aquí han ido llegando; el rey Juan se ocupó mucho de la raza ecuestre, é introdujo caballos de Flandes y Lombardía; aún hoy se ven caballos lombardos de primer orden. Después vinieron Enrique VII y Enrique VIII, que contribuyeron mucho á mejorar el caballo. Bajo el reinado de este último hubo un *Tratado de Agricultura*, que fué el primero conocido. Está especialmente consagrado á los caballos, y dice que un cultivador no debe estar sin caballos y yeguas, sobre todo si labra con caballos; entónces debe tener de dos clases: «caballos para labor y yeguas para producir potros y acarrear el trigo.»

Un hermoso modelo que había llevado á Enrique IV á su entrada en París intervino, y dijo con tono altanero:

—Perdon, señor inglés; en un tiempo erais bien inferiores á nosotros; el Rey, mi amo, regaló á la reina Isabel cinco caballos iguales á mí, y no los había ni parecidos en la Gran Bretaña.

—Ya lo sé eso, y tiene V. razón; pero después, en tiempo de Jacobo I las haras se multiplicaron en las posesiones de los grandes señores; los caballos y yeguas árabes fueron introducidos más abundantemente que ántes, y su descendencia, gracias á la extensión de las haras, fué el objeto de los mayores cuidados. Desde esta época la nación inglesa ha marchado con perseverancia y éxito en la vía del progreso, que ningún pueblo del mundo puede ya igualarla.

En Inglaterra hay, por decirlo así, tantas haras como propietarios ricos; todo se hace allí por los particulares. Antes había el famoso establecimiento de Hampton-Court y otros varios, en beneficio del interés general del país. Se ha calculado que la aristocracia inglesa gastaba por

año en el fomento de la cría caballar 150 millones, y el presupuesto de nuestras haras es de 1.500.000 francos. Es inútil buscar en otra cosa el secreto de la superioridad de las razas inglesas sobre las vuestras.

Después el caballo inglés cedió la palabra á *Montargis*, caballo padre bien conocido:

—Vengo aquí, dijo, á contestar á mi compañero el inglés, y probarle que si nuestras haras no son suficientes, en efecto, para fomentar la producción de la raza pura, léjos de que tienda á rebajar su nivel, esta producción ha hecho con relación al número como á la calidad, numerosos progresos, gracias á los particulares.

Estos progresos se han obtenido á pesar de la disminución de la intervención y subsidios del Estado, y gracias á la organización actual de las carreras, que es esencialmente propia para dar excelentes reproductores.

*Tolleben*, caballo que proviene de un depósito del Estado, se adelanta, y sostiene que la producción de la raza pura necesita grandes gastos. Las operaciones de tal empresa son muy costosas, muy aventuradas, y no pueden sostenerse sino por enormes gastos, y sólo las haras pueden hacer estos sacrificios.

—Permitidme, dijo *Montargis*; me parece que los hechos han probado lo que la industria privada podía, más aún, que una administración, aún tan bien dirigida como están las haras; y además, ¿cuál es el problema que hay que resolver? Criar el caballo de pura raza, el verdadero caballo padre, que debe reunir tres primeras cualidades: el origen puro, la filiación exacta de manchas y defectos transmisibles, una conformación armoniosa y regular; en fin, el éxito en las carreras. Cada una de estas condiciones es indispensable; una no es suficiente.

La cuestión es, pues, saber si el Estado encontrará más seguramente estas tres cualidades reunidas en los caballos que él habrá criado que en los que compre á los particulares, que los habrán criado para hacerlos correr y venderlos en seguida.

Sobre el primer punto la pureza del origen es una cuestión de estado civil, y las garantías son las mismas por ambos lados.

En cuanto á la buena conformación y ausencia de defectos, es seguro que la industria privada puede llenar perfectamente esta condición. En efecto; si la administración no piensa en criar ella misma los cien caballos de media sangre que compra todos los años en Normandía, es porque los criadores de aquel país saben hacerlos del modelo pedido, limpio y exento de defectos.

Nada impide, pues, por consecuencia, á los criadores de pura sangre, de obtener la misma perfección, en lugar de tener un solo objetivo, la venta del caballo padre.

Es verdad que tienen un segundo: las carreras, el juego, si se quiere emplear esta palabra; pero bajo el punto de vista de la buena conformación y ausencia de defectos, este interés es idéntico al primero, más fuerte aún, porque el trabajo necesitado para las carreras saca á la vista defectos y vicios de conformación que quedarían en estado latente en la ociosidad de las haras. Todos saben que no hay nada tan duro como el trabajo del caballo de carreras; y si existe una prueba en que la resistencia de los miembros, el carácter y valor del animal sea puesto cotidianamente al más duro experimento, seguramente es la que sufre el caballo de carrera.

Es, pues, interés de la industria privada hacer que nazcan caballos perfectamente formados y exentos de vicios. La producción oficial no lograría más que los particulares evitar que naciera cierto número de productos mal conformados, y allí es donde empieza la diferencia, bajo el punto de vista de las garantías que presentan los dos medios de procurarse reproductores.

El Estado no tiene que temer la invasión de caballos defectuosos y mal conformados; sus agentes no los compran, y tienen razón. Pero en cuanto á los criados por la Administración, ¿se puede esperar que será lo mismo, y que será bien imparcial tratándose de sus hijos? Por lo ménos, puede dudarse.

Queda la tercera condición. Las fuerzas probadas, es decir, el éxito en las carreras, que atestigua que el caballo ha conservado individualmente, y en un grado superior, las facultades propias de su raza.

Esta condición es muy difícil de llenar por el Estado, á ménos de crear una cuadra de carreras, lo que sería un obstáculo casi insuperable. Aún no se ha encontrado el secreto para hacer nacer animales perfectos; y aunque las relaciones de la Administración de las Haras señalan un caballo padre sobre dos nacimientos de machos, no creo la proporción justificada.

En fin, vos mismo, que me habeis interpelado, *Tolleben*, habeis nacido de una yegua nacida en el depósito de Pompadour, y cuando vendieron su madre en 1852 para reemplazar las yeguas de pura sangre por sangre árabe, vendieron también otras cinco, que en poder de particulares han dado 18 potros; pero dos solamente, vos y *Leghtheam*, pudieron ser comprados para padrear por la misma Administración. Ciertamente, las haras están dirigidas con in-

teligencia y cuidado para llegar á producir bien; pero no hay ninguna razón para que lo hagan mejor que los particulares.

—Sea; pero me parece que concede demasiada importancia á las carreras, cuya influencia saludable no puede ejercer sobre la producción general sino cuando las pruebas estén arregladas y combinadas de una manera racional; pero hoy no hay nada de esto si la institución, falseada en su aplicación, no da sino malos resultados.

La experiencia, de acuerdo con la ciencia, condena las carreras de azar, las llamadas *handicaps* y sus análogos, y cuyo principio consiste en igualar, por ingeniosas combinaciones de peso y distancias, la suerte de los competidores; en que cargando los unos demasiado, ó descargando los otros, hacen que el animal mediano llegue á ser igual al bueno, y el peor igual al mediano, y donde se llega á sacrificar el valor intrínseco del caballo á la importancia del premio y á la suma de las apuestas.

¿Quiere V. saber lo que la experiencia ha demostrado ser la verdad? La sola prueba seria es la que tiene lugar en condiciones iguales entre caballos de la misma edad, principalmente entre adultos. Y no tiene significación real si no se verifica en una extensión juiciosamente proporcionada al peso que llevan, y esta velocidad se hace constar exactamente con ayuda del cronómetro.

—Mi querido colega, es muy fácil contestarle. Leed las atinadas observaciones de uno de los comisarios de la Sociedad de Fomento, que trata sobre el informe de la Comisión parlamentaria, que examina la proposición de ley sobre las haras.

No hagamos caso, dicen, de la reconvención de haber abolido la obligación de correr contra el tiempo, es decir, de recorrer la distancia en un tiempo determinado con ayuda del cronómetro.

El mejor caballo es el que llega primero; la garantía de su superioridad reside en este hecho y no en la duración de la carrera, porque ésta depende en parte del terreno y de la atmósfera, de las circunstancias de la carrera; en una palabra, de condiciones independientes del mérito del animal.

La obligación de correr contra el tiempo ha existido durante veinte años, y se ha visto que los caballos más medianos eran capaces de ejecutar, sin grandes esfuerzos, el trabajo reglamentario de hacer 2 kilómetros en 2'40", y 4 en 5'20". Así la Administración de las haras concluyó por abolirla en 1850. La experiencia ha demostrado que esta regla no tiene, á pesar de su apariencia científica, ningún valor práctico, y que es preferible limitarse, como hoy se hace, á hacer constar el tiempo en que se recorre la distancia á título de noticia.

Explicado este punto de detalle, vengamos á errores más graves profesados en nombre de la ciencia y de la experiencia, y veamos si se puede fijar como principio que no hay prueba seria sino aquella que se hace en condiciones iguales, y si es preciso, condenar absolutamente las carreras en que las suertes de los concurrentes estén niveladas, ya por medio de un *handicap*, ya por combinaciones análogas de más ó ménos pesos.

Para que un sistema de carreras sea completo es preciso que permita apreciar en su justo valor el mérito de los caballos, y también que proporcione el medio de distinguir sus diversas aptitudes, y en fin, que solicite el interés del criador para producir mucho.

Sentado esto, no es difícil convencerse de que el empleo exclusivo de la prueba en condiciones iguales no daría resultados.

Cuando los caballos corren juntos con peso igual, se ve bien cuál es el mejor; pero nada más. Si se desea saber más y conocer mejor los concurrentes, es preciso modificar las condiciones de las carreras, y esta necesidad lleva forzosamente á la desigualdad de pesos y á la diversidad de las distancias. Que las combinaciones empleadas sean más ó ménos ingeniosas; que se excluyan los caballos que hayan ganado; que se les imponga más pesos, unas veces fijos, otras fijados de antemano, otras dejados, como en los *handicaps*, á la apreciación de un juez especial, la prueba corrida en estas condiciones es tan formal, tan concluyente como la primera, y más científica, puesto que completa las nociones ya adquiridas, y precisa la diferencia de mérito que aquella sólo había hecho constar.

Sería absurdo creer, según una preocupación muy extendida, que la prueba en condiciones desiguales hace ménos vivo el interés del criador para producir buenos caballos. La probabilidad de ganar una carrera con un caballo inferior en mérito, gracias al peso que recibe, puede ser un triste consuelo; pero no es de temer sea nunca el objetivo de la producción. Que se trate de dar pesos, de recibir y de correr con peso igual, el interés del criador es siempre que su caballo sea el mejor posible.

Pero la consideración capital, la que toca á la prosperidad de la industria nacional, es la necesidad de desarrollar la producción y de hacer muchos caballos si se quieren tener buenos. Sobre 250 á 300 potros de pura sangre que nacen cada año en Francia, apenas se encuentran tres ó

cuatro de primer orden. Que éstos tengan las más ricas recompensas, nada es más justo y útil; pero será un mal sistema aquel que ponga á su disposicion todos los premios.

Detras de ellos viene un gran número de productos que es indispensable animar, primero, porque si no hubieran nacido, probablemente no se hubieran obtenido los primeros; y despues, porque méenos buenos y generalmente méenos dignos de ser escogidos para perpetuar la raza pura en su más alto grado de perfeccion, pueden, sin embargo, tener un gran valor como caballos padres para cruzar, y la misma utilidad para la mejora de otras especies. Jamas, en ningun país, ha sido desconocida la necesidad de las carreras en condiciones desiguales.

La Sociedad de Fomento repartió sus premios en 1880 como sigue:

114 premios en París y Chantilly, importando.....	1.050.000 frs.
7 id. de 1. <sup>a</sup> serie, en provincias.....	70.000
19 id. de 2. <sup>a</sup> serie, en id.....	95.000
21 id. de 3. <sup>a</sup> serie, en id.....	63.000
29 premios en distintos puntos.....	137.000
<b>Total.....</b>	<b>1.415.000</b>

Veamos la reparticion de esta suma dada en premios con relacion: 1.<sup>o</sup>, de la edad de los caballos; 2.<sup>o</sup>, de las distancias, y 3.<sup>o</sup>, de las condiciones de la carrera:

Carreras.	Número.	Valor.	Proporcion.
Para caballos de dos años.....	17	79.000	5 1/2 por 100
Id. id. de 3 id.....	31	404.000	28 1/2 »
Id. id. de 3 id. ó más.	157	781.000	55 »
Id. id. de 4 id. ó id.....	15	151.000	11 »
<b>Total.....</b>	<b>220</b>	<b>1.415.000</b>	<b>100</b> »
De méenos de 2.000 metros.....	32	136.000	9 1/2 »
De 2.000 á 2.900 metros.....	136	739.000	52 1/2 »
De 3.000 metros ó más.....	52	540.000	38 »
<b>Total.....</b>	<b>220</b>	<b>1.415.000</b>	<b>100</b> »
Sin exclusion.....	26	414.000	29 1/2 »
Con exclusion.....	115	685.000	48 1/2 »
Handicap.....	27	149.000	10 1/2 »
A reclamar por diez mil.....	14	63.000	4 »
Id. por méenos de diez mil.....	38	106.000	7 1/2 »
<b>Total.....</b>	<b>220</b>	<b>1.415.000</b>	<b>100</b> »

Ya ve V., célebre producto de las haras, que sus observacion son falsas, porque cerca de 30 por 100 de nuestras carreras son para caballos sin recargo de peso; y en cuanto á decir que sólo hay 5 y medio por 100 para carreras de dos años. *Tolleben* no se dió por confundido, y declaró que se debian suprimir completamente las carreras de dos años, por ser perniciosas para la raza. Sí, dijo, causan perjuicio á su futura calidad.

— Siento contradecirle, contestó el interlocutor, pero yo pienso todo lo contrario. Las mejores razas de caballos son aquellas que se hacen trabajar desde temprano. El caballo percheron, destinado al tiro, trabaja á los dos años; el árabe, destinado á llevar su jinete, lo lleva á los dos años; ¿por qué el caballo de carrera, destinado á correr, no ha de correr á los dos años? Dotado comunmente de excelente constitucion, el potro de pura sangre saca de los cuidados y del alimento sustancial que le prodigan una precocidad que no la hay en otras razas. Llegado á la edad de dos años, es más capaz que otro alguno de empezar á ejecutar el trabajo que le espera. El esfuerzo que se debe exigir de él más tarde es extremo, y para hacerlo capaz de soportarlo sin accidentes, es preciso trabajar desde temprano para desarrollar todo su organismo. Pronto hará cincuenta años que la experiencia ha probado que la preparacion racional del potro de pura sangre á la edad de dos años ofrece el mejor medio de aumentar sus probabilidades de resistencia y duracion, á tal punto, que los potros reservados para no correr hasta los tres años no dejan de estar sometidos á una preparacion tan rigurosa, y á veces más prolongada, que sus contemporáneos que corren á esta edad.

Así, pues, no hay ningun inconveniente en ofrecer á los criadores, cuyos potros se encuentren listos, algunas ocasiones de probarlos en público.

Las distancias, necesariamente cortas, de las carreras de dos años, y la diferencia de precocidad entre los potros de esta edad no permiten siempre obtener una medida exacta y completa de su mérito. Los unos, como *Monarca* y *Gladiateur*, conservan más tiempo la superioridad que han demostrado á los dos años, y otros, como *Dollar* y *Boiard*, no se levantan sino á los tres años.

Así, delante de esta alternativa de dejar subsistir una cosa útil, pero no dejarla degenerar en abuso, la Sociedad prohíbe las carreras públicas de caballos de dos años ántes del 1.<sup>o</sup> de Agosto.

— En fin, dijo *Tolleben*, ustedes no tienen esos caballos padres célebres que han producido tanto bien en la cruce, y le citaré *Tigris*, *Baimbou* y *Lottery*. ¡Estos son caballos!

— Es V. tan ignorante como testarudo. De estos tres caballos, muy notables en efecto, dos han sido importados en Francia por la industria privada, sin decir por esto que las haras no hayan comprado tambien, y es lo mejor que han hecho; pero, en fin, *Baimbou* fué comprado en 1808, y *Lottery* en 1820; por consiguiente, segun V., el sistema de carreras en vigor en Inglaterra durante el periodo de 1808 á 1820 daba excelentes caballos padres.

Comparemos el año 1814 con el año 1880, en Francia, y tendremos:

	Francia, 1880.	Inglaterra, 1814.
Número total de carreras.....	220	754
Carreras de dos años.	17-5 1/2 por 100	45-6 por 100
Carreras de méenos de 2.000 metros.....	32-9 1/2 »	156-20 »

Nosotros tenemos, pues, hoy en Francia un poco méenos de carreras de dos años y mucho méenos carreras de corta distancia que habia en Inglaterra en la época en que producía *Tigris*, *Lottery*, etc.

No hay, pues, razon para que no podamos hacer caballos tan buenos, sino mejores.

— No puedo sino inclinarme ante tan fuertes razones, y debo confesar que estaba ya medio convertido. Si he sostenido la discusion, era con el objeto de instruirme más.

Entónces llegó la sombra de la noche, que cubrió el Estigio con su oscuro velo, y todo quedó en calma.

LE JOKEY.

CONGRESO FILOXÉRICO DE ZARAGOZA.

Como oportunamente anunciamos á nuestros lectores, el dia 3 del corriente se verificó la inauguracion del Congreso filoxérico, tan importante, no sólo por las materias que se discuten, sino tambien por las ilustradas personalidades y representantes que á él han concurrido.

No vamos á tratar á fondo ni á comentar las cuestiones, objeto de los debates de dicha reunion, pues ya hemos manifestado nuestra opinion sobre todas y cada una de ellas. Sólo vamos á hacer una breve y sucinta reseña de las discusiones, para que nuestros lectores tomen una idea de las diversas ideas, pareceres y escuelas que sobre la plaga filoxérica se han manifestado en el Congreso.

Los representantes extranjeros que en él se han reunido son:

Señor Julio Lichteisthein, de Montpellier, comendador de Isabel la Católica, socio de la Real Academia de Ciencias de Madrid, de la de Ciencias de París y de la Entomológica de Francia; Sr. J. Hortoles, profesor de Arboricultura de la Escuela Normal, caballero de la Legion de Honor y delegado de la Sociedad de Agricultura de L'Herault; Sr. Gustavo Foex, profesor de la Escuela nacional de Agricultura de Montpellier; doctor Camilo Saint-Pierre, director de la misma escuela y delegado del Ministro de Agricultura y Comercio de Francia; el baron Juan Napoleon de Prato, delegado del Gobierno austriaco; señor Julio Planchon, corresponsal del Instituto de Francia, caballero de la Legion de Honor y delegado de la Sociedad central de Agricultura de L'Herault; el señor Pelletto, representante italiano; el Sr. Batalla, representante de Portugal; el señor Gonnonilhau, director de *La Gironde*, y los señores Colvée, Rugame y Bernex.

De españoles han asistido muchos hombres de ciencia, y entre otros, D. Mariano de la Paz Graells, D. José Muñoz Castillo, catedrático en Logroño y delegado del Ministerio de Fomento; D. Magin Bonet, profesor de Ciencias de la Universidad Central; el Marqués de Montolin; D. Manuel Saez Diez, profesor de la misma y delegado del Ministerio de Fomento; D. Antonio Botija, profesor de la Escuela de Agricultura; D. Juan Mont, delegado de la Junta de Agricultura y de la Diputacion de Barcelona; D. Manuel Martin Serrano, profesor de Historia Natural en Toledo; D. Alberto de Quintana; D. Natalio Cayuela, catedrático de Pamplona; el Sr. Ayuso, ingeniero agrónomo, en representacion de la Diputacion, Junta de Agricultura y Sociedad Vinícola, y los señores Bragat, Berbegal, Aguirre, Robles, Miret, Arderius, Conde de las Almenas, Pon, Lleó, Beltran, Abela y Minguez.

La Comision organizadora la componian los señores Royo, Bragat y Alderete.

A las doce y media de dicho dia 3 comenzó la sesion inaugural presidida por el Ministro de Fomento, Sr. Lasala. La Mesa la formaban, ademas del Presidente, el Director de Agricultura, Sr. Cárdenas, y á su izquierda, el

Gobernador civil, Presidente de la Diputacion, Alcalde, un Diputado provincial, un individuo de la Junta de Agricultura, y los Sres. Planchon, Graells, Saint-Pierre, baron Napoleon de Prato.

El señor Gobernador civil abrió la sesion dando las gracias á todos los señores allí reunidos, y especialmente á los Representantes extranjeros, por sus esfuerzos respectivos.

A invitacion del Sr. Lasala, D. Mariano Royo, de la Comision organizadora, trazó á grandes rasgos la historia del Congreso, manifestando el origen del mismo y encomiando la actividad de que han dado muestras para su preparacion las dos Corporaciones provincial y municipal de Zaragoza.

M. Saint-Pierre saludó despues al Congreso, declarando la simpatia con que veia Francia su reunion, y manifestando su agradecimiento por haber sido nombrado Vice-presidente del mismo.

Acto seguido el Sr. Graells pronunció un discurso dando idea de la invasion de la plaga filoxérica en Portugal y España. Dijo que Francia y Portugal fueron invadidas por la filoxera, por sorpresa, cosa que no se supo hasta que M. Planchon hizo su viaje al Norte de América y describió en su libro, no sólo el parásito que hoy ocupa al Congreso, sino el modo de vivir y desarrollarse del mismo. Hemos averiguado, dijo, en cambio, despues de conocer la filoxera, que el hombre tiene á veces que bajar la cabeza ante seres de clases muy inferiores; y que probablemente la epifitia no desaparecerá de Europa hasta que los europeos no dejen la América.

La plaga cundió, añadió, por inercia de los portugueses: en Portugal ocupa la filoxera formidables posiciones, gracias á la formacion pizarrosa sobre que descansan los viñedos. Y el caso es que nuestras inmediaciones á Portugal son viñas que ofrecen á la filoxera abundante pasto. Por fortuna, en Salamanca y en toda la frontera portuguesa se preparan á la lucha contra el azote.

Tambien España ha sido invadida por sorpresa: la provincia de Málaga fué víctima del parásito, miéntras las Cortes españolas votaban la ley de defensa. Y el caso es que allí no hay remedio posible: ni la quema de las vides, ni los insecticidas obran en aquel terreno sin igual, que sólo permite el aislamiento como única esperanza. En cuanto al Ampurdan, el Sr. Graells cree que hace tres ó cuatro años sufre la filoxera.

Concluyó diciendo que no debe desmayarse ante los progresos del azote, y dirigiendo al Congreso una enérgica excitacion para que se estudie el asunto con el mayor detenimiento.

Siguió á estos señores el Sr. Planchon, delegado frances, quien hizo un detenido estudio analítico del terrible insecto y de sus consecuencias en Europa, manifestando que era evidente se podia llegar á la destruccion del mismo, abrigando la esperanza de que esto sucediera pronto.

El Barón de Prato pronunció un breve discurso en italiano, que fué escuchado con gran atencion por la belleza de sus frases, y terminó diciendo que en Europa habia necesidad de combatir dos cosas á cual más terribles, la filoxera y la ignorancia, y el poco celo con que se miran cuestiones de vital interes para el desarrollo de la riqueza pública.

Tanto este señor representante como el que le precedió en el uso de la palabra fueron calurosamente aplaudidos.

El señor Ministro de Fomento hizo despues uso de la palabra, demostrando la innegable importancia de la produccion vitícola en nuestro país, base y fundamento de prósperas industrias, y origen de un floreciente comercio de exportacion. Dió las gracias á los allí congregados, y se felicitó de que la iniciativa local hubiese realizado una idea de tanta trascendencia para los intereses agrarios de la nacion. Acto continuo declaró abierto el Congreso, y señaló orden del dia para la sesion del siguiente.

Empezó ésta á las nueve y cuarto de la mañana, y leida la orden del dia, el señor Lichteisthein dijo que en los seis años que lleva estudiando la historia de la filoxera, ha merecido el nombre de *romancero* ó *novelero* de la filoxera, hasta que sus trabajos han sido aceptados por la Academia de Ciencias de París, la cual le ha nombrado su representante en este Congreso.

Describió minuciosamente el insecto, que hizo más patente por medio de láminas que presentó al auditorio.

El Sr. Bragat, despues de exponer las hipótesis sobre la procedencia de la filoxera, negó que el parásito obedezca á una generacion espontánea; y no admitió el llamado estado latente. Reconoció la naturaleza americana del mal. El clima, añadió, influye en su propagacion; el calor y la humedad la favorecen. La constitucion geológica del terreno se halla en el mismo caso; los vientos tambien. De los estudios hasta hoy conocidos se deduce que la filoxera marcha diez kilómetros por año y puede llegar á recorrer veinte. Francia y España lo confirman así, y el foco de Málaga lo demuestra palmariamente.

El Sr. Graells despues expresó el deseo de que en las provincias infestadas se haga lo que se hace en Suiza,

donde los pueblos, por medio de asociaciones de socorros mutuos y sin pedir nada al Gobierno, luchan contra el azote. Para defender las provincias inmunes hasta hoy es preciso tener cuidado con el comercio de plantas que llevan á todas partes los gérmenes del parásito. Si Jerez y Sevilla no cuidan de sus suelos, el foco de Málaga las alcanzará pronto.

Opinó que es necesario un nuevo tratado internacional que evite la posibilidad de la propagación.

El Sr. Berbegal, que ha hecho estudios en Málaga, auguró que de Málaga se propagará á Córdoba, cuyos propietarios son poco celosos. De Córdoba se puede correr á la Mancha y á España entera.

Concedida la palabra al Sr. Aguirre, éste se circunscribió á recomendar una exquisita vigilancia para evitar que se introduzca la plaga en los terrenos aún no atacados: dijo que la mayor parte de las veces se comunica por los trabajadores, y que el insecto se aclimata en cualquiera parte donde hay vides sin que influya la latitud ni el clima, y terminó diciendo que ante la magnitud del peligro debe ser general el esfuerzo, aún de las provincias en que ménos se cultiva la vid. (*Aplausos.*)

Concedida la palabra al Sr. Robres, se limitó á exponer el tristísimo estado del Ampurdán y aconsejó que se desista de atacar á los focos filoxerados, aislándolos todo lo posible, y aconsejó al Gobierno que establezca un gran vivero de vides americanas.

El Sr. Miret contestó á los discursos anteriores manteniendo el sistema de ataque y no de defensa, y asegurando que el origen de la filoxera es americano, porque no puede concederse que haya estado latente 4.000 años. (*Aplausos.*) El orador resumió la historia de sus conocimientos filoxéricos, y muy especialmente de sus trabajos en el Ampurdán, donde dijo que había sido muy mal recibido, porque creían los labradores que iba á arrancar todas las viñas: su plan estaba reducido al empleo del sulfuro de carbono y la neolina; pero que desistió en vista del poco resultado. Aseguró que así lo había reconocido su adversario el Sr. Arderius, y continuó refiriendo el alboroto del Ampurdán, y terminó diciendo que no se arrepentía de lo hecho allí, y que lo volvería á hacer si otra vez se le mandara.

El Sr. Arderius negó ser enemigo del Sr. Miret, y rechazó el plan de dicho señor, asegurando que no había hecho más que destruir viñedos sin matar la filoxera.

Después de rectificar brevemente los Sres. Miret, Arderius y Berbegal, se levantó la sesión de este día.

En la celebrada el día 5, después de rectificar nuevamente el Sr. Miret, el Conde de las Almenas se lamentó de que no se hubiese invitado á M. Lalimand, y leyó una carta en la que se aseguraba que las vides americanas no están exentas del ataque, puesto que los hechos demuestran lo contrario.

Puesto á discusión el tema sexto, relativo á las vides americanas, su clasificación con relación á la resistencia contra el ataque del insecto, y descripción de las que pueden clasificarse de indemnes, M. Planchon empezó diciendo que no consideraba ninguna vid americana digna de clasificarse entre las indemnes, pero que deben adoptarse por los viticultores por las ventajas que ofrecen á causa de su resistencia: hizo una erudita descripción de las diferentes clases de vides americanas que ha conocido, y terminó encomendándolas á todos los viticultores de todos los países. (*Grandes aplausos.*)

M. Saint Pierre, ampliando las ideas sustentadas por el anterior orador, trató de destruir la opinión de que las vides americanas no producen tan buenos vinos como los nuestros, dando cuenta de los trabajos de Montpellier, en donde se han obtenido con dichas vides cosechas de buenos y abundantes vinos. (*El orador es muy aplaudido.*)

El Sr. Foex describió extensamente las diferentes fases de la enfermedad.

El Sr. Pou en un extenso discurso combatió las vides americanas, negándoles todas las propiedades que les atribuyen los americanistas, y aconsejó que de ninguna manera se introduzcan variedades que no hayan sido antes debidamente examinadas por los hombres científicos: negó la excelencia de los productos de dichas vides y su abundancia, y concluyó afirmando que no se deben crear nuevos viveros, ni aceptar las vides recomendadas por Planchon, si no se quiere establecer aquí verdaderas sucursales de la filoxera.

M. Saint Pierre usó de la palabra para una alusión personal, y declaró que los representantes franceses no han venido más que á proponer un medio, de ningún modo á imponer sus ideas respecto á las vides americanas.

Después de rectificar el Sr. Pou, M. Saint-Pierre se dió por satisfecho.

El Sr. Graells combatió luego lo expuesto por el señor Pou, y al decir que si los representantes tenían, como suponía, sentido común, era imposible que no admitiesen el plan que proponía; se suscitaron grandes rumores y protestas, que consiguió acallar el Presidente Sr. Cárdenas, quien manifestó sería en adelante más severo en

las discusiones, y mandó leer el art. 9.º del reglamento.

El Sr. Marqués de Montoliu se declaró partidario de nuestras vides, manifestando lo peligroso que sería para la viticultura adoptar la semilla americana, que tantos inconvenientes tiene. (*Grandes aplausos.*) Censuró la gestión del Ministerio de Fomento por haber adquirido semillas de vides americanas repartidas entre los viticultores, y principalmente entre los de las provincias invadidas.

El Sr. Conde de las Almenas protestó contra algunas de las afirmaciones de M. Planchon, y declaró que en su sentir la filoxera es de origen cosmopolita. Si es americano el insecto, dijo, ¿por qué se preconizan las vides procedentes de América?

El Sr. Planchon manifestó que en vista del giro que tomaba el debate se iba á retirar del Congreso.

El Sr. Boucarre dijo que él tenía grandes plantaciones de vides americanas que le daban excelente resultado.

Levantada la sesión quedó reunida la Comisión científica, compuesta de los Sres. Graells, Planchon, Saint Pierre, Miret, Castillo, Bonet, Saez Diez, Baron de Prato, Colvé, Robles, Royo, Bragat y Foex. La Comisión celebró sesión hasta las seis, y acordó el nombramiento de ponentes en las memorias científicas presentadas al Congreso por diferentes centros nacionales y extranjeros.

En la sesión del día 6, el Sr. Muñoz del Castillo, delegado del Ministerio de Fomento, comenzó su discurso manifestando que no había pensado intervenir en los debates sobre el tema 6.º, y si lo hacía era sólo porque había oído calificar de error sus doctrinas, en cuya propagación por España le cabe alguna responsabilidad y bastante en el favor de la provincia de Logroño, que representa, empezó á discutir sobre las vides americanas.

Definió el método experimental, demostró su importancia y los beneficios que la ciencia y la humanidad le deben, y declaró que éste y no otro debía ser el aplicable al esclarecimiento de la cuestión de la resistencia de las cepas que la poseen.

Hizo notar la confianza que se tiene en la regularidad y constancia con que se verifican los fenómenos de la naturaleza, y aduciendo ejemplos varios, terminó manifestando que al ver en Francia vides americanas resistiendo 16 á 18 años (no pudiendo precisarse la fecha por no estar completamente averiguada la de la invasión en Francia), y otras idénticas en el 12, 10, 8, 6, 3 y primer año de su vida, filoxeradas y resistiendo lozanas y vigorosas el ataque del pulgón, lo lógico, dentro del criterio experimental, era no preguntar qué sería de tales plantas al año siguiente, sino confiar, tener la seguridad de que al ménos llegarán á los 16 ó 18 años, que es como llegar á los 22 ó 24 al ménos; pues aún suponiendo, de lo cual no hay indicio, que el año 81 empezaran á declinar, aún vivirían 4 ó 6 hasta su muerte.

Dijo que los hechos, convenientemente estudiados y convertidos por personas competentes, no sometidos á autoridades que, muy respetables en dichos terrenos, no lo son en el científico, deben ser la única norma del criterio general en la cuestión que se debate; é historió el descubrimiento de la resistencia por Laliman en 1869, y el viaje de Planchon á América en 1873, indicando que la impresión que éste sabio trajo de su expedición fué que todas las vides del Nuevo Mundo son más resistentes que las nuestras.

La clase de sarmiento por el orador propuesta es la llamada *Riparia*, resistente hasta ser casi indemne, de fácil multiplicación, fácil de aclimatarse en diferentes suelos y climas, y de excelentes condiciones como patron, que es el objeto para que el orador pide tan sólo las vides americanas.

El Sr. Bonet afirmó que lo que ha hecho la Escuela de Montpellier es una verdadera pauta para todos los pueblos, no sólo por los notables profesores, sino por los brillantes resultados.

Lamentó que se hable y se discuta sobre cosas que no pueden ser discutidas por ser hechos incontestables.

Aceptó las experiencias hechas, y aconsejó que no se pierda el tiempo en repetirlas, y sobre todo, que no se caiga en discusiones bizantinas. Si la filoxera ha venido ó no de América y otras cuestiones análogas, son para tratadas en el terreno de la ciencia pura.

El hecho es, dijo, que tenemos la filoxera y hay que combatirla, como dijo Mr. Saint-Pierre, aprovechando las experiencias hechas.

Concluyó felicitando á Zaragoza por lo que ha hecho en sus viveros de vides americanas.

El Sr. Mínguez, representante de Valladolid, se ocupó ligeramente de la adaptación de las vides americanas, de las que dijo que, aún suponiéndolas indemnes, las creía con muchas dificultades.

Mr. Foex expresó que deseaba demostrar científicamente la resistencia de las vides americanas, resistencia probada en las fotografías de que vino provisto, y que se han distribuido entre los asistentes al Congreso. Dijo que las fotografías copian exactamente el estado de diversos viñedos americanos, y que retratan vides frondosas de las diversas

variedades. Que todas ellas habían sido cultivadas en la Escuela nacional de Agricultura de Montpellier.

Como porta-ingerto, Mr. Foex recomendó, en primer lugar, la *Riparia salvaje*; en segundo, la *Solonis*; en tercero, la *Violla*, y en último término, la *Taylor*. Después se extendió el orador en largas consideraciones sobre los efectos de la hibridación. Mr. Foex concluyó diciendo que en España deben los viticultores sembrar en un rincón de sus viñas algunas variedades de las más resistentes para ingertarlas luego. Declaró que deseaba el bien general de España, y terminó su discurso entre grandes aplausos.

El Baron de Prato dijo que no terciaba en la discusión como hombre científico, sino como hombre práctico, aunque de escasa experiencia; dijo que lo que se necesita es buscar una vid que dé vino bueno y abundante, porque la Agricultura es ciencia, arte é industria (*Aplausos*); refiriéndose á las vides americanas, aseguró que se ignora si su resistencia durará siempre, pero que eso nada importa, porque lo esencial es que ahora resistan; hizo notar que en Francia, aún los partidarios del sistema insecticida hacen repuesto de vides americanas, y terminó, entre grandes aplausos, aconsejando que en los terrenos filoxerados se introduzcan sarmientos, y donde no lo están, semillas de vides americanas.

El Sr. Lleó dijo que también se presentaba al Congreso como práctico, y que no era partidario tan absoluto de las vides americanas, por más que tampoco las atacara: lo conveniente, dijo, es que se estudien y se nos diga qué variedades son las que debemos adoptar, porque de lo contrario, puede suceder, como en Francia, que se apresuró la hora de destrucción por aceptar incondicionalmente las vides. (*Grandes aplausos.*)

El Sr. Berbegal dijo que se creía obligado á tomar parte en la discusión á pesar suyo, porque ha aconsejado á la Diputación de Zaragoza la adopción de las vides norteamericanas; habló también del efecto que la picadura del insecto produce en las raicillas de las vides, que él consideraba debían aceptarse. Comparó esos hechos con los que se producen en las raíces de la vid europea atacada. Negó la degeneración de las vides, que algunos admiten como posible. Entró en consideraciones sobre las diferencias de alimentación de los diversos individuos en los distintos países. Concluyó diciendo que hoy es americanista; pero que quizá mañana sea partidario de algún insecticida, confiando en la ciencia, y que, á su juicio, la variedad *Solonis* americana es indemne.

Apurados los turnos, usaron de la palabra para alusiones y rectificar los Sres. Saint-Pierre, que insistió en defender las teorías de Foex, Balagué, Beltran, que en nombre del Instituto Agrícola Catalán pidió se espere á estudios más prácticos antes de adoptar las vides, y se aplique el método de extinción seguido en Francia, Pou, Muñoz del Castillo, Lleó y Berbegal.

Puesto á discusión el día 7 el tema 7.º del cuestionario, se concedió la palabra al Sr. Abela, el cual se declaró conforme con el sistema de introducción de vides americanas, describiendo varias clases y recomendando el uso del ingerto, cuya operación se entretuvo en describir; al terminar su discurso propuso una cuestión, que no deja de tener su importancia; dice: «¿Qué efecto produciría el ingerto de vides americanas en nuestras cepas de hoy?»

El representante italiano Sr. Pelleto contestó á esta pregunta diciendo que en Italia y Francia hay ingertos de vides españolas sobre patrones americanos, que producen buenos resultados.

El Sr. Batalla, representante de Portugal, dijo que hubo un tiempo en que tuvo mucha fe en los *insecticidas*; pero que la ha perdido por completo, haciéndose partidario de la introducción de las vides americanas, pero teniendo mucho cuidado en la elección de la semilla: añadió que el peligro es cada día mayor para España, puesto que ya se halla infestado Coimbra; y terminó diciendo que su opinión no excluye que en los puntos donde se haya comenzado el tratamiento por el sulfuro de carbono no se continúe.

El Sr. Graells dijo que consideraba suficientemente probada la conveniencia de la introducción de vides americanas, y se ocupó de enumerar los buenos resultados que la semilla ha dado en más de diez provincias de España, decidiéndose por la clase llamada *Riparia*, cuya aclimatación es segura. Añadió, además, que los partidarios del sistema contrario nada conseguirán con su oposición, puesto que otros podrán cultivar, cerca de sus propiedades, vides americanas y traer el parásito.

El Sr. Hortolés se ocupó de los ingertos, y describió minuciosamente todas las diferentes operaciones necesarias para llevarlos á cabo con utilidad, dando cuenta de los diferentes resultados obtenidos en Montpellier por cada método; describió nuevos métodos de ingerto, y terminó diciendo que consideraba de suma conveniencia y éxito asegurado el ingerto de sarmientos del país en patrones americanos.

El Sr. Saint-Pierre se extendió en consideraciones sobre la posible reconstitución de nuestras viñas por medio de

porta-ingertos de vides resistentes é ingertos de las españolas, terminando por aconsejar á los españoles que cultiven la vid en terrenos arenosos.

El Sr. Gounouilhou, director de *La Gironde*, dijo que no cree en los americanistas ni en los insecticidas; llegó hasta afirmar que no existe tal parásito, sino simplemente una enfermedad producida por la humedad (*Gran confusión*); continuó el orador diciendo que en las viñas de Torrero (Zaragoza) hay filoxera (*Gran movimiento de impaciencia en los miembros del Congreso*), y terminó leyendo unos párrafos de un folleto que confirman su doctrina.

El Sr. Lleó pidió que, para desvanecer el mal efecto que había producido la noticia dada por el Sr. Gounouilhou, respecto á la presencia de la filoxera en Torrero, se nombrara una Comisión que en el mismo día decidiera si eso era cierto.

El Sr. Presidente dispuso que se nombrara una Comisión del seno del Congreso, que pasase á reconocer las citadas viñas, y así lo hizo.

El Barón de Prato declaró que las ideas en que se había fundado el Director de *La Gironde* para sostener su aserto ni áun merecían ser discutidas. Promoviéronse entonces un ligero tumulto, pidiendo muchos señores la palabra.

El Sr. Presidente dió por discutido el tema, y quedó nombrado Vicepresidente del Congreso el Sr. Batalla en reemplazo de M. Planchon.

En nuestro próximo número terminaremos la reseña del Congreso, acompañada de un resumen crítico de sus discusiones.

R.

## NOTICIAS GENERALES

Así como el gamo es el solo antilope que se encuentra en Europa, el papion de Berbería (*inuus sylvanus*) es el solo representante de los cuadrumanos en nuestro continente, y se le encuentra en el peñón de Gibraltar. Es un mono grande, que algunas veces alcanza cinco pies de altura, y de talla y fuerza para luchar con el hombre. Hace días fué cogido un macho grande en el fuerte que tiene la guarnición en el monte, costando gran trabajo á los artilleros apoderarse de él. Después de haber tomado nota de sus dimensiones le dieron libertad, pues los comandantes del fuerte tienen orden de proteger estos monos y de tomar nota en un registro de todos los datos interesantes concernientes á esta curiosa colonia. Este registro demuestra que actualmente la tribu se compone de veinticinco individuos que habitan siempre el costado de la roca situado al abrigo del viento, pues se cree que éste, cualquiera que sea su dirección, les es perjudicial. Así es que lo evitan con gran cuidado, y es tal su instinto, que adivinan cualquier cambio veinticuatro horas ántes. Cuando algunos oficiales los ven emigrar de un lado á otro dicen: «Vamos á tener cambio de tiempo, pues los monos se mudan.»

Estos animales se alimentan de hierbas, de raíces de bulbos, de aceitunas silvestres y del fruto de una palmera que crece naturalmente en la roca. Nunca tocan á los frutos que los soldados les ponen á su paso, á no ser las uvas, á que son muy aficionados. Algunas veces bajan á los jardines de Gibraltar á buscar higos, y hace algunos años fué preciso poner trampas, que estuvieron á punto de concluir con la colonia. Beben el agua del manantial que hay en una caverna, casi al nivel del Mediterráneo, y situada en la parte más escarpada del peñón. Los monos juegan y se divierten con las dificultades de la bajada de la roca, que tiene 400 metros de alto y cuyos costados son perpendiculares.

El caso del doctor Tanner ha tenido su parecido en Inglaterra. Mr. Richardson dejó hácia fin de Junio su casa para ir al campo. Algunos días después de su marcha los criados notaron la desaparición de un perro *terrier*, lo buscaron sin resultado, y supusieron que lo habrían robado. Después de una ausencia de un mes y cinco días, Mr. Richardson volvió á su casa, y al día siguiente, teniendo que ir á la biblioteca, cuya llave se había llevado, encontró al perro tendido en el suelo más muerto que vivo. El animal había quedado allí encerrado por un descuido, y había pasado un mes y cinco días sin comer ni beber. Había quedado reducido al estado de esqueleto y ciego; pero alimentos sábios y gradualmente administrados lo hicieron revivir.

Una escena terrible asustó vivamente á los que visitaban el jardín zoológico de Ambéres el mes pasado. Un joven, médico de marina, había penetrado con un criado en el pabellón de las serpientes, para cuidar una enorme, que sufría de una inflamación de mandíbulas. El médico cogió al reptil por detrás de la cabeza con intención de aplicarle un unguento; pero el animal, que tiene quince pies de largo y un grueso proporcionado, no gustándole aquel manejo, abrió su boca, silbó con fuerza y empezó á liarse en los brazos y piernas del agresor. El criado, viendo esto, y la disposición de las otras serpientes, que parecían querer venir en ayuda de su camarada, tuvo miedo y se escapó. La situación del médico era crítica. La serpiente de gran fuerza apretaba su abrazo, y hubiera ahogado al joven si éste no hubiera tenido la idea de soltarla. Al sentirse libre el animal deshizo los lazos en que lo tenía oprimido y fué á meterse entre unas piedras que adornaban el pabellón, pudiendo el médico salir sólo con el susto consiguiente.

El general Mac-Mahon ha ido á cazar á las posesiones de lord Campbell, hijo del Duque de Argyle y cuñado de la princesa Luisa de Inglaterra, Marquesa de Lorne. El Duque de Argyle, verdadero señor feudal, como lo son aún todos los grandes señores de Escocia, conserva todas las tradiciones de la gran montería, y serán placeres de rey los que ofrecerá Su Gracia á los invitados á su espléndida mansión.

Ha llegado á Calais una embarcación como no se había visto otra. Es una canoa de caoutchouc, que se desarma y se puede meter en un baul. Una vez armada, se le coloca una pequeña vela, y con viento favorable el barquito vuela. Un inglés había apostado á cruzar el canal de la Mancha en ella, y la experiencia ha tenido un buen resultado.

La Cámara de los Lores de Inglaterra se ha ocupado últimamente sobre los medios de preservar á las aves nocturnas, y las lechuzas, buhos, etc., han sido comprendidos en una ley que los protege por los servicios que prestan á la Agricultura. Muchos lores tomaron la defensa de este bípodo nocturno, y después de larga discusión se reconoció que sólo ataca á los roedores, como ratas, ratones, y á una multitud de insectos, á los que hace una guerra encarnizada. En las tierras del Duque de Bucelench, en Escocia, se conserva cuidadosamente á estos pájaros en intereses de la Agricultura, y está prohibido matarlos.

En el *château* de Arundel, del Duque de Norfolk, hacen tantos servicios como los gatos, y desde hace siglos tienen un lugar en lo alto del torreón.

Un oficial inglés, de guarnición en el Zoulouland, hace la siguiente descripción de la fauna sud-americana. «Esta provincia está infestada de serpientes y de toda clase de animales á cual más repulsivos. Un oficial mató el otro día una serpiente que acababa de comerse un antilope; este monstruo tenía diez y ocho pies de largo. La serpiente *mambo* es tan grande y más peligrosa. Cuando se la ataca, se levanta derecha como un palo, bastante alta como para mirarlo á uno en la cara cuando se va á caballo. Algunos soldados han matado una araña grande como el puño y erizada de pelos. También hay cocodrilos, y unos chicos de los cafres estuvieron expuestos, al atravesar un río, á ser devorados. En la embocadura del río abundan los tiburones. Las mariposas tienen los colores del arco iris. Las langostas son del tamaño de codornices y hacen el mismo ruido cuando se levantan.»

¡Delicioso país para veranear!

Los magistrados de Sheffield han condenado á un carnicero á 30 pesetas de multa y un mes de prisión por haber matado una paloma viajera.

Un amigo encuentra á otro de quien recibió un *sablazo*.  
—A propósito, le dice, me debes dos duros.  
—Ya lo sé, respondió el tirador, que por casualidad se encontraba en fondos; aquí los tienes.  
—¡Cómo! ¿Te acordabas y no me los devolvías? le dice el otro.  
—¡Oh! respondió tranquilamente el acreedor; en casos parecidos tengo por principio no precipitarme, porque hay algunos que lo olvidan, y otros que no se atreven á reclamarlo.

UNA VID NUEVA.—Mr. Lecart, naturalista francés, ha descubierto en el Soudan, en su expedición al Sur de la Algeria, una nueva planta que muy bien puede reemplazar las vides actuales, si la implacable filoxera continúa causando estragos. Parece ser que la planta en cuestión produce frutos deliciosos y presenta algunas particularidades de alta importancia. En lugar de arrojar el sarmiento de nuestras vides, despide cada año tallos verdes, herbáceos, muy parecidos á los de las dalias. La raíz es casi igual á la de esta planta, y se compone de un cierto número de tuberosidades que pueden ser separadas entre sí con suma facilidad, proporcionando un número igual de pies de plantación. Los tallos mueren cada año; pero durante el período de vegetación el número de tuberosidades aumenta, y es fácil al final de la estación arrancarlos de raíz, separarlos entre sí y colocarlos al abrigo de los frios y hielos del invierno para volver á plantarlos en la primavera.

Esta nueva planta, por la índole de su vegetación, está garantizada contra el frío. Por la decultura se impone contra los parásitos que pudieran invadir su raíz, toda vez que los que atacan á las hojas son relativamente fáciles de destruir, y por las variedades obtenidas, gracias á la naturaleza de las condiciones, puede conservarse indefinidamente, como se conservan las diversas clases de cepas que existen.

Mr. Lecart cree que el vegetal que ha tenido la fortuna de descubrir se aclimatará fácilmente en Francia, y sobre todo, en España.

Esta no es evidentemente una razón para abandonar las vides actuales que han sostenido tantas generaciones, y de las cuales la humanidad debe mostrarse altamente reconocida; pero bueno será ensayar el cultivo de la vid del país de *Cham* al lado de sus hermanas las hijas de Noé. Al efecto, Mr. Lecart ha dado amplios detalles á la Academia de Ciencias de París, que se ocupa en este momento de la vid que acaba de descubrirse.

Las autoridades legislativas de los Estados-Unidos han prohibido la caza de la chocha durante el verano. En América la chocha no abandona el país y se contenta con irse al Norte en verano y al Sud en invierno; por esto es por lo que los americanos las cazan todo el año. En los mercados de New-York se veían en el mes de Junio chochas jóvenes que aún no tenían todas sus plumas, muy parecidas á los pichones que se venden en nuestros mercados.

En las islas de las Indias Occidentales los plantadores han inaugurado las carreras de cabras. La pista tiene sobre 200 metros de largo, y hay su juez de salida, de llegada, campana, meta y juez de campo. Los jockeys, de gran uniforme, tienen las riendas y corren detrás de las cabras, á las que les es difícil correr en línea recta.

En Inglaterra se han encontrado este año huevos de cuco en un nido de aguzanieve y en otro de curruca. Las aguzanieves han criado muy bien al pajarillo que se halla hoy en una granja en la isla de Wight.

El *sportman* americano Mr. Lorillard ha encontrado sumamente costosa su campaña en Inglaterra, y se asegura que los dos años que ha figurado en el *turf* británico representan un gasto de un millón, y esto á pesar del éxito de *Parole* en 1879, que produjo á su dueño más de cuarenta mil libras esterlinas en apuestas. Este año ha corrido mal, y la sola vez que ha ganado, en Liverpool, los Comisarios de la reunión lo descalificaron. Mr. Lorillard ha retirado algunos de sus caballos, dejando otros al cuidado de su preparador particular Mr. Brown, y lejos de renunciar á la lucha, piensa hacer nuevas importaciones de los Estados-Unidos.

También Mr. Gordon Bennett, el propietario del *New-York Herald*, piensa fundar en Inglaterra un importante establecimiento de carreras.

Otra cuadra americana, que debe tomar gran desarrollo en Inglaterra, es la del riquísimo especulador M. James Keene, que pronto traerá de Kentucky un lote de caballos pura sangre.

El porvenir reserva sin duda un vencedor del *Derby*, criado en los Estados-Unidos, y el Gran Premio de París será quizás ganado por algún *yankeehorse*.

LA PLÉTORA EN LOS ANIMALES.—La plétora es un estado mórbido general formado por una alteración de la sangre, cuyos glóbulos se elevan á más de su cifra normal, es decir, son más abundantes que lo que deben ser en buena salud.

Se conoce que un animal está plétórico cuando los latidos del corazón son violentos, fatigada la respiración, los orines muy encendidos, y que al menor trabajo que se le impone tiene abundantes sudores. Algunas veces se declaran abundantes congestiones en los órganos más importantes.

Cuando la plétora no es resultado de un vicio de nacimiento, las causas de este estado son en general una alimentación demasiado abundante ó sustancial. En los animales de lujo la vida sedentaria contribuye mucho á desarrollar esta afección.

La plétora sin congestión se vence fácilmente con una disminución notable en la cantidad de los alimentos, agua clara en abundancia y un trabajo poco penoso. En los caballos de lujo, un paseo por la mañana y por la tarde. Además de este tratamiento, que se deberá seguir hasta la completa curación, deberá administrarse durante cuatro ó cinco días por la mañana una dosis de sales refrescantes y ligeramente purgantes. A los ocho días se verá al animal mejorar y volver á la salud. Si alguna violenta congestión viniese á afectar órganos importantes, se debe recurrir á compresas de agua fría, renovadas constantemente, á fuertes purgantes y sangrías; pero en este caso sólo el veterinario deberá decidir de la gravedad de la enfermedad y del medicamento que deba emplearse.

El Sr. Duque de San Lorenzo ha regalado á sus amigos los señores Sanchez Mira y Albareda una jauría de doce podencos, procedentes de Jerez de la Frontera, que tres criados del señor Duque han traído á Madrid.

## NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Hemos entrado en pleno otoño, y el invierno envía, como avanzadas, auras más frescas que las cantadas por los poetas, y lluvias que, si en algunos puntos hacen ligeros estragos, preparan en otros favorablemente las tierras para las primeras labores del año.

Los teatros de la corte han abierto sus puertas, y no dejan de estar concurridos si se tiene en cuenta el gran número de espectáculos que hay todas las noches, la mayor parte de los cuales dejan bastante que desear por cierto; y si las empresas y los escritores no se afanan un poco más, sospechamos que el año no ha de ser fecundo en novedades.

Escribimos estas noticias mal impresionados; y á pesar del éxito que hasta cierto punto ha tenido en el teatro Real *Roberto il Diavolo*, presumimos que el arte lírico tampoco ha de estar de enhorabuena en la temporada entrante; pero no queremos adelantar juicios, y esperamos para emitir el nuestro más abundante copia de datos.

Faltan aún algunas familias de las que concurren constantemente al teatro de Oriente, por lo que se han visto algunos palcos vacíos en las primeras funciones.

Nada se dice todavía de bailes, saraos ni fiestas sociales. Atravesamos ese período climatológico de Madrid, en que en los teatros y casas particulares se siente aún un calor bastante desagradable, y en las calles y paseos cuando el sol se pone ó cuando las nubes detienen sus rayos, frío casi de invierno.

Las damas recién llegadas de París apenas han sacado á luz sus nuevas *toilettes* todavía; la vida de invierno, en fin, se presenta en embrión, sin que se descubran aún los perfiles que han de caracterizarla.

S. M. la reina Isabel ha vuelto á París, y los Duques de Montpensier se han detenido algunas horas en Palacio, de paso para su habitual morada de Sevilla.

El día 14 se ha verificado en París el matrimonio de la simpática y lindísima hija mayor de los Sres. Duques de la Torre con el Conde de Santo Venia, y en el mismo día han contraído enlace también el joven Conde de San An-

tonio, hijo primogénito de los Duques de la Torre, con la hermana del Conde ya citado, siendo testigos de la primera boda el Marqués de Ahumada y D. Juan Chinchilla, y de la segunda el Marqués de Sierra-Bullones y el señor Jorin. Los desposados, después de una corta excursión á Inglaterra, vendrán á instalarse en sus respectivas casas de Madrid.

También ha contraído enlace en Biarritz el Sr. Duque de Frias con una de las lindas hijas de los Condes de Fuentes.

Mucho celebráramos que esta boda devolviese á la sociedad de Madrid á los Duques de Frias, que cuentan entre nosotros con tan numerosos amigos.

Las lindísimas señora y señoritas de Heredia deben haber salido uno de estos días para Málaga, ausencia que no puede dejar de ser sentida por cuantos prestan culto á la virtud, á la hermosura y al talento.

Las cacerías se multiplican de diario. S. M. la reina doña Isabel, acompañada del Sr. Marqués de Salamanca y de otras personas, estuvo de caza en la Casa de Campo ántes de salir para París, y raro es el día en que no resuenan en los cuarteles del Pardo disparos continuos de sus arrendatarios.

El tiro de Pichon comienza á animarse, y creemos que muy pronto estará completamente terminado el chalet, desde el cual podrán las señoras que quieran concurrir y los socios, presenciar los lances á que el tiro da lugar, sin temor á los estragos de un clima que suele ser en invierno por demas voluble.

No arroja de sí más novedades la quincena.

**TIRO DE PICHON DE MADRID.**

Tirada ordinaria del día 1.º de Octubre de 1880, á las tres de la tarde.

1.ª Piña.—Cada tirador á su distancia : en 3 pichones, 7 tiradores.

Sr. D. José La Cerda.—111—11111, á 25 ms. }  
Sr. D. Antonio Valdés—111—11111, á 26 ms. } partida.  
S. M. el Rey.—111—110, á 25 metros.

2.ª Piña.—Lo mismo que la anterior.—9 tiradores.

Sr. D. José La Cerda.—111—1.—G. á 26 metros.

Sr. D. Santiago Udaeta.—111—0, á 25 metros.

Sr. D. Luis Bruguera.—111—0, á 24 metros.

3.ª Piña.—Cada uno á su distancia : en 5 pichones, 9 tiradores.

Sr. D. Antonio Valdés.—11111—11, á 27 ms. }  
Sr. D. Fernando Heredia.—11111—11, á 27 ms. } partida.

4.ª Piña.—Cada uno á su distancia : en un pichon, 9 tiradores.

Sr. D. José La Cerda.—1—1101101, á 27 ms. }  
Sr. D. Celestino Cañedo.—1—1101101, á 25 ms. } partida.

5.ª Piña.—Igual á la anterior.

S. M. el Rey.—1—110.—G. á 25 metros.

Sr. D. Luis Bruguera.—1—110, á 24 metros.

Sr. D. José Armero.—1—110, á 25 metros.

6.ª Piña.—A 22 metros : carambolas.—5 tiradores.

Sr. D. José La Cerda.—12—

Sr. D. Celestino Cañedo.—12— } partida.

7.ª Piña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. D. Fernando Heredia.—12.—G.

Tomaron también parte en estas piñas los Sres. D. José Calvo y Marqués de Peñafior, y presenció la tirada el señor Duque de los Castillejos.

La tirada terminó á las seis.

AVELINO.

Tirada ordinaria del día 8 de Octubre de 1880, á las tres de la tarde.

1.ª Piña.—Cada uno á su distancia : en 5 pichones, 7 tiradores.

Sr. Vizconde de Bahía-Honda.—5/5.—G. á 22 metros.

2.ª Piña.—Cada uno á su distancia : en 3 pichones, 8 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—111—00011.—G. á 26 metros.

Sr. D. Fernando Heredia.—111—00010, á 27 metros.

3.ª Piña.—Lo mismo que la anterior.

Sr. Vizconde de Bahía-Honda.—101—11.—G. á 23 metros.

Sr. D. Fernando Soriano.—011—10, á 25 metros.

4.ª Piña.—Cada tirador á su distancia : en un pichon, 9 tiradores.

Sr. D. Fernando Heredia.—1—111111.—G. á 27 metros.

Sr. D. José Armero.—1—111110, á 25 metros.

Sr. Conde de Gomar.—1—11110, á 27 metros.

5.ª Piña.—Lo mismo que la anterior.—5 tiradores.

Sr. D. Fernando Soriano.—1—11.—G. á 25 metros.

Sr. D. Santiago Udaeta.—1—10, á 25 metros.

6.ª Piña.—A 22 metros : carambolas.—5 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—12.—G.

7.ª Piña.—Cada uno á su distancia : en un pichon, 3 tiradores.

Sr. Conde de Gomar.—0—10011.—G. á 27 metros.

Sr. D. José Armero.—0—10010, á 26 metros.

Tomaron también parte en estas piñas los señores Du

Bosc, Soriano (D. Antonio), Duque de los Castillejos é Imaz.

Presenció la tirada el Sr. Conde de Villanueva.

La tirada terminó á las cinco y media.

A.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 1,17 á 1,33 pesetas kilo. El pan de dos libras, de 38 á 47 céntimos de peseta. El carbon, á 0,15 kilogramo. El aceite, de 13 á 14 pesetas decálitro. El vino, de 4,55 á 6,93 decálitro. El trigo, á 21,29 el hectólitro. Y la cebada, á 10,30 el hectólitro.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del rombo del número anterior.

I.  
a  
a m a  
a l a b a  
a m a p o l a  
a b o n a  
a l a  
a

Para dar la solución en el próximo número.

TRIÁNGULO.

I.

- 1.º Capital europea.
- 2.º Célebre pintor.
- 3.º Frutas.
- 4.º Nombre que se da á una masa de agua.
- 5.º Pueblo de la provincia de Lérida.
- 6.º Tercera persona del singular de un verbo.
- 7.º Consonante.

PROPIETARIO,

D. J. Luis Albareda,

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª  
(sucesores de Rivadeneyra),  
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

**ANUNCIOS.**

**LA CRÍA CABALLAR EN ESPAÑA,**

O NOTICIAS HISTORICAS, ESTADISTICAS Y DESCRIPTIVAS ACERCA DE ESTE RAMO DE RIQUEZA,

POR

**D. JUAN COTARELO.**

Un tomo, fólio imperial, con magníficos mapas perfectamente grabados é iluminados al cromo, de las principales provincias en este ramo, con noticias del mayor interes relativas á la cría caballar ; nueve grandes hojas litografiadas con los hierros que usan los criadores de caballos, y cuatro láminas representando los tipos de caballos del país, la feria de Sevilla, cuadro de plantas forrajeras, al cromo, y plano de las dehesas de Córdoba y Rambla, formando un precioso álbum, cuyas láminas pueden colocarse en cuadros y adornar el gabinete de un aficionado á caballos.

Se hallan de venta los pocos ejemplares que restan de la edicion de esta obra, al precio de 130 reales en Madrid y 144 en provincias. El precio de venta ha sido, hasta ahora, 270 reales.

Mapa de la cría caballar de España, complemento de la obra anterior, que forma el sinópsis de la cría caballar, dividido en regiones, con tipos de caballos, cruzamientos, etc., en que por medio de signos y grupos se tiene una historia precisa de la de este ramo, por D. Juan Cotarelo. Lujoso mapa de 110 por 98 centímetros, magníficamente grabado é iluminado al cromo: 50 Reales en Madrid y 60 en provincias. Su precio anteriormente 106 reales.

Comprando juntamente las dos obras anteriores, el precio de venta de ambas es de 160 reales en Madrid y 184 en provincias, franco de porte.

Pelos ó capas de los caballos y variedades de sus colores más comunes para reseñarlos, por el mismo. Una lámina al cromo: 20 reales en Madrid y 24 en provincias.

Manual del criador de ganado caballar, por el mismo. Un tomo con dos láminas : 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Estudio de la cabeza del caballo, de la brida y de los diferentes sis-

temas de bocados ó frenos, por el mismo. Un tomo con tres láminas : 10 reales en Madrid y 12 en provincias.

Las obras anteriores se hallan de venta en Madrid, librerías de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9, y de la Luna, núm. 3, donde se dirigirán los pedidos, acompañando su importe en libranzas.

**ABONOS QUÍMICOS INGLESES.**

MONOFOSFO GUANO, de la Riphosphated guano Company: ácido fosfórico soluble en el agua, 16 %; potasa 6 %; ázoe, 2,50 %: precio del barril de 150 kilos netos en Madrid: 48 pesetas.

RIFOSTA GUANO, de la misma Compañía: ácido fosfórico soluble en el agua, 10 á 11 %; sales alcalinas, 5 á 6 %; ázoe, 5 á 6 %: precio del saco de 75 kilos netos en Madrid : 32 pesetas.

FOSFO GUANO DEL CHILI, de la misma Compañía: ácido fosfórico soluble en el agua, 18 %; ázoe 1%: precio del saco de 75 kilos en Madrid, 25 pesetas.

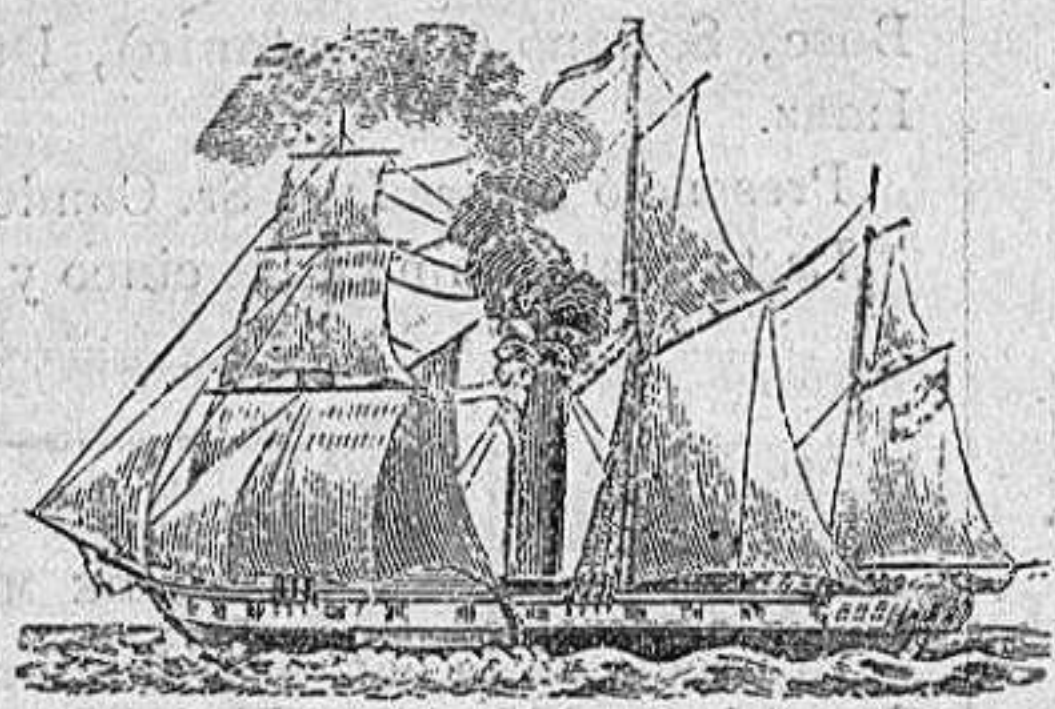
FOSFO GUANO INGLÉS, de la misma Compañía: ácido fosfórico en su mayor parte asimilable en el agua, 13 á 14 %; ázoe, de 1,50 á 2 %: por sacos de 75 kilos, 22 pesetas.

LAWES'FOSFO GUANO, de la Chemical Manure Company: ácido fosfórico soluble en el agua, 14 á 15 %; ázoe, 3 á 4 %; sales alcalinas, 4 á 5 %: precio del barril de 100 kilos netos, 32 pesetas.

Reduccion de precios por entregas de 8.000 kilos, y á precios convencionales en toda España.

Se invita á los labradores y hortelanos á hacer el ensayo comparativo de estos abonos con cualquier guano ú otro abono químico.

Dirigirse á la Administracion de este periódico.



**VAPORES-CORREOS**

DEL

**MARQUÉS DE CAMPO,**

PRIMERA Y ÚNICA LÍNEA REGULAR

DE VAPORES-CORREOS

ENTRE

LIVERPOOL, LA PENÍNSULA Y MANILA,

POR EL

CANAL DE SUEZ.

**VIAJES REDONDOS MENSUALES EN DIA FIJO**

DESDE EL PUERTO

de Liverpool á los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gáles, Singapore y Manila.

EL VAPOR

**Á S I A**

saldrá del puerto de Barcelona el 1.º del próximo Noviembre á las cuatro

dé la tarde, para los de PóRT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE y MANILA.

Admité carga y pasajeros para dichos puertos.

Para fletes y demas antecedentes:

EN MADRID: Oficinas del EXCMO. SR. MARQUÉS DE CAMPO, Cid, 7.  
EN BARCELONA: SRES. BORRELL Y COMPAÑÍA.



**VAPORES-CORREOS**

TRASATLÁNTICOS

DE

**A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.**

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.  
Se expenden tambien billetes directos vía Cádiz, para

**SANTIAGO DE CUBA, JIBARA Y NUEVITAS,**

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros para su mayor comodidad ademas de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.—Barcelona, D. Ripoll y Compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.**

SERVICIO DE LOS TRENES.

**Línea de Madrid á Hendaya.**

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	EXPRESS.	CORREO.	
		M.	T.	N.	
Madrid.. . . . salida..		7.50	4.45	7.30	
Escorial.. . . . salida..		10.13	6.13	9.17	
Ávila.. . . .	}	llegada..	1.40	8.26	11.46
		salida..	2.10	8.51	11.54
Medina.. . . .	}	llegada..	5.25	10.51	2.41
		salida..	5.45	11.01	2.49
Valladolid.. .	}	llegada..	7.25	12.04	4.16
		salida..	7.50	12.14	5.50
Búrgos.. . . .	}	llegada..	1.15	3.05	9.50
		salida..		3.13	10.05
Miranda.. . . .	}	llegada..	M.	5.16	12.50
		salida..		5.26	1.35
Alsásua.. . . .	}	llegada..		7.12	3.47
		salida..		7.17	3.57
San Sebastian..	}	llegada..	M.	9.50	6.47
		salida..	5.18	10.05	7.00
Hendaya.. . . .		llegada..	6.15	11.00	7.50
	M.		M.	N.	

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	EXPRESS.	MIXTO.	MIXTO.
		M.	T.	N.	
Irun.. . . .		7.30	2.30	8.00	
San Sebastian..	}	llegada..	8.02	3.02	8.36
		salida..	8.12	3.12	
Alsásua.. . . .	}	llegada..	11.10	5.55	M.
		salida..	11.20	6.00	7.13
Miranda.. . . .	}	llegada..	1.33	7.45	11.50
		salida..	2.05	8.10	
Búrgos.. . . .	}	llegada..	M.	5.10	10.24
		salida..	2.00	5.25	10.32
Valladolid.. .	}	llegada..	7.00	8.55	1.37
		salida..	7.25	10.31	1.47
Medina.. . . .	}	llegada..	9.10	12.05	2.48
		salida..	9.30	12.13	2.56
Ávila.. . . .	}	llegada..	1.30	3.45	5.29
		salida..	1.55	4.00	5.39
Escorial.. . . .	}	llegada..	5.10	6.45	7.47
		salida..	5.10	6.45	7.47
Madrid.. . . .		llegada..	7.25	8.35	9.10
	N.	M.	M.		

**Empalme de Venta de Baños á Santander.**

ESTACIONES.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.
Madrid.. . . .	N.			
	7.30			
Valladolid.. .	M.			N.
	4.31			9.45
Venta de Baños..				10.10
Palencia.. . . .	}	norte..		
		noroste..	6.25	
Alar.. . . .	}	llegada..		
		salida..	9.11	
Reinosa.. . . .	}	llegada..	11.00	
		salida..	11.25	M.
Bárcena.. . . .	}	llegada..	12.50	5.30
		salida..		5.10
Las Caldas.. . .	}	llegada..	1.53	6.54
		salida..	2.11	7.30
Torrelavega.. .	}	llegada..	3.15	7.00
		salida..		8.30
Santander.. . .	T.			N.

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	CORREO.
Santander.. . .	M.		T.	T.	
	8.00		2.15	5.00	
Torrelavega.. .			3.37	6.55	
Las Caldas.. . .	}	llegada..	9.45	3.58	7.24
		salida..	10.14	5.09	9.00
Bárcena.. . . .	}	llegada..	12.00	6.55	
		salida..		7.20	N.
Reinosa.. . . .	}	llegada..	T.	7.20	
		salida..		9.11	
Alar.. . . .	}	llegada..		9.11	N.
		salida..			8.45
Palencia.. . . .	}	llegada..	M.		
		salida..	4.40	12.00	
Venta de Baños..	}	llegada..	5.05	12.17	9.05
		salida..		1.37	10.16
Valladolid.. . .	}	llegada..	M.	1.37	10.16
		salida..		9.10	8.35
Madrid.. . . .			M.	M.	